

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

LAS CHICAS NINJA



COLECCION ¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

37 — Un placer a su alcance, *Ralph Barby*.

38 — Los cruzados amarillos, *Curtís Garland.*

39 — Kung-Fu por una rubia, *Peter McCoy*.

40 — Funeral por un canalla, *Clark Carrados.*

41 — La escuela del maestro Shoji, *Lou Carrigan.*

RALPH BARBY

LAS CHICAS NINJA
(M. P. SAVAGE-11)

Colección ¡KIAI! *n.°* 42

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS -

MEXICO

ISBN 84-02-04952-4

Depósito legal: B. 29.959 – 1977

Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la **SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»**

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.** Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier

semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,** S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPITULO PRIMERO

Las seis figuras femeninas danzaban por el amplio escenario del Only Rich Park de Malibu. La música era extraña, vibrante y sorprendente a la vez.

Se habían utilizado sintetizadores electrónicos para conseguir fantásticos sonidos que penetraban por los oídos y hacían vibrar los dedos de los pies de quienes contemplaban las evoluciones del Orient Ballet.

Las danzarinas dominaban sus cuerpos con una pulcritud exhaustiva y conseguían movimientos, giros y saltos, que estaban fuera del alcance de otras bailarinas modernas.

Eran chicas orientales, pero no de un lugar concreto de Asia, pues había diferencias entre ellas. Una era japonesa, otra coreana, dos chinas, una vietnamita y la sexta, tailandesa, aunque para cualquier occidental le resultaría difícil advertir esas diferencias.

Todas eran gráciles, elásticas y casi felinas; sin embargo, resultaban algo frías para los ojos occidentales. Ellas no buscaban un erotismo fácil, estaban mentalizadas para cada movimiento que realizaban y se podía decir que estaban en Zen, dedicadas única y exclusivamente a realizar una cosa, y esa cosa, en aquellos momentos, era la danza que ofrecían al público del Only Rich Park.

Aquella frialdad en el erotismo, pese a su desnudez casi integral, hacía que no fueran la atracción de aquel club de elevados precios, aunque su número era muy efectista y se repetía dos veces cada noche. Ellas abrían el espectáculo y lo cerraban, tras la actuación del cantante de moda que atraía a las gentes y cuyos precios por actuación eran elevadísimos.

Los focos de luces, rojos, verdes y morados, se encendían y apagaban y las bellezas orientales evolucionaban en una extraña mezcla de gimnasia y ancestral arte oriental.

Cualquiera de las damas que presenciaban el espectáculo se

decían para sí que aquellas muchachas debían de poseer algo especial para dar aquellos saltos o volteretas que ellas jamás podrían realizar.

Terminó el número y recibieron el acostumbrado aplauso cerrado. Saludaron con reverencias a los espectadores que llenaban todas las mesas, pese a los elevados precios que se cobraban por las consumiciones.

Ningún obrero ni empleado, por muy americano que fuera, podía permitirse el lujo de pagar allí una botella de champaña ni siquiera californiano, y los ejecutivos se lo pensaban dos veces antes de pedir una de importación francesa, pese a sus sonrisas fáciles de conquistadores del dólar USA.

Las muchachas orientales se deslizaron hacia su camerino.

Allí, una de ellas, la más alta, con más seguridad en su mirada y en su boca, con los pechos más agresivos y turgentes, habló; las demás la escucharon con una disciplina sólo propia de orientales.

—Nos vamos ahora mismo, tenemos el tiempo justo. Ni una palabra.

Se colocaron unos vestidos ligeros y se dirigieron al *parking.* Allí tenían un gran «Chrysler-ranchera».

Subieron las seis al vehículo y la tailandesa Tais, ligeramente más alta que las demás, pero no tanto como Moon, la jefe del grupo que era de Okinawa, se colocó al volante.

Salieron del estacionamiento con mucha suavidad, pasaron a la carretera y el gran automóvil adquirió velocidad.

—No te pases de la velocidad, no quiero problemas con la policía de tráfico —advirtió Moon sacando una cajetilla de cigarrillos. Tomó uno de ellos, lo encendió, y luego pasó la cajetilla a las otras chicas; todas se pusieron a fumar.

Moon entregó un cigarrillo ya encendido a la conductora y el coche, velozmente, se alejó del Only Rich Park. Menos de diez minutos después se introducía en el jardín privado de un *cottage* ubicado dentro de una urbanización de elevados precios de renta, con

muchos árboles que casi ocultaban unos *cottages* de otros, manteniendo así la intimidad de cada uno de ellos.

Magga, la pequeña vietnamita, saltó del Coche, abrió el garaje y el gran «Chrysler» se introdujo en él. Allí había un furgón más bien grande, marca «Ford».

Abrieron la doble puerta posterior del furgón y ante ellas aparecieron seis motocicletas «Suzuki», de trial, todas ellas pintadas en negro. No había un solo niquelado que no estuviera pintado en negro mate, hasta los radios de las ruedas. Sólo se podía decir que no eran negras las luces, aunque poseían tapadores de tela, también negra, para que cuando fuera preciso tampoco reflectaran.

Había ropa negra colgada de las paredes interiores del furgón, botas, ajustados pantalones, cazadoras reforzadas con tejidos vitroplásticos especiales antibalas y que amortiguaban los golpes. Cascos, gafas, todo absolutamente todo era negro mate, incluidos los guantes.

Las seis mujeres se vistieron con rapidez aquellas indumentarias que las hacía iguales unas a otras.

La tailandesa Tais (que era la encargada de conducir) se situó ante el volante del «Ford». Junto a ella se acomodó Moon, la bella y fría okinawense, sujetándose el casco que ocultaba su cabello intensamente negro.

El furgón retrocedió, abandonando el garaje. Afuera aguardaba la pequeña vietnamita para cerrar la puerta. Después, saltó al interior del furgón que, en medio de la noche, abandonó la lujosa urbanización.

No tardaron en tomar la autopista interestatal cinco que pasaba por Sacramento rumbo a Oregón.

Se desviaron por la 166 Road y rodaron unas cuantas millas hasta una carretera de tercer orden que se adentraba en un área de grandes plantaciones, vastas extensiones de naranjos, manzanos. Luego, desaparecían los árboles frutales y aparecían sembrados de

patatas y cultivos de tomates; un rico condado agrícola.

Por allí circulaban muy pocos turismos, aunque el tráfico era intenso cuando aparecían los grandes camiones tráiler que se atiborraban de productos agrícolas que eran llevados a los muelles, conserveras o macrofrigoríficos agrícolas que luego redistribuían el producto según exigiera la demanda.

Moon, la jefe del grupo, miraba un bloc que llevaba consigo e iba dando instrucciones a Tais para que no equivocara el camino.

—A la derecha parte una pista forestal, junto a un tendido eléctrico.

Tais se introdujo por el camino lleno de socavones. Avanzó unas cien yardas y metió el furgón entre los árboles, quedando oculto. Se abrieron todas las puertas del vehículo y las mujeres se colocaron capuchas de nilón negras, que ocultaban sus cabezas, pero dejando los ojos, la boca y la nariz al descubierto. Sobre la capucha, se protegieron con los cascos.

—Rápido, tenemos muy poco tiempo —apremió Moon.

Se escucharon los ruidos de los motores «Suzuki».

Dispusieron una pequeña rampa de madera tras el furgón y por ella descendieron las mujeres motorizadas, todas ellas vistiendo de negro.

Eran verdaderas *ninjas* [(1)] hembra, motorizadas, algo que a nadie se le hubiera ocurrido imaginar y mucho menos en el estado de California, en una noche cualquiera, cuando los poderosos se habían ido a divertir a los lujosos *night clubs* y los trabajadores a dormir o a ver la televisión a sus habitáculos a los que llamaban hogares.

Las seis motos de trial rodaron entre los árboles frutales rasgando las tinieblas con sus faros pese a que la luna era casi llena y había una gran claridad

Moon iba delante, guiando aquel pelotón motorizado. No había barreras para las «Suzuki», rebasaban cualquier terreno y por donde ellas pasaban no habría rodado siquiera un *jeep*.

La velocidad podía decirse que era casi suicida; pero las máquinas estaban perfectamente controladas por aquellas mujeres vestidas totalmente de negro y cuyo aspecto no dejaba traslucir que fueran precisamente mujeres, pues las cazadoras ocultaban sus turgencias femeninas lo mismo que las medias tapaban sus rostros y las cabelleras desaparecían bajo los cascos. Nada podía identificarlas como mujeres, a menos que hablaran. Eran, simplemente, seis motoristas de trial rodando por la noche entre los árboles de grandes plantaciones.

Los árboles terminaron y ellas detuvieron sus máquinas dejándolas una junto a otra, pero sin tocarse, de tal modo que con sólo saltar sobre ellas y pedaleando podían ponerlas en marcha.

—El resto lo haremos a pie —dijo Moon—, tenedlo todo listo.

Tres de ellas sacaron *nunchakus* de madera negra con cadenas pavonadas. Dos dispusieron unos juegos de palos pintados en negro y que enroscaron unos a otros, quedando cada una de ellas con un *bo* entre las manos. En realidad, eran unos bastones plegables de metro veinte de longitud una vez montados.

Moon no utilizaba el *bo* ni el *nunchaku,* aunque era experta en las dos armas orientales. Ella prefería calzarse unos guantes especiales reforzados con remaches de acero y un acolchado o relieve de plomo dentro de la palma, a la altura del nacimiento de los dedos, de tal forma, que al cerrar los puños éstos quedaban fortalecidos y al mismo tiempo le servía para dar *atemis* con el canto de la mano, de una contundencia incluso mortal si ella lo deseaba.

(1) Los Ninja, llamados asesinos invisibles y formados en la escuela Ninjitsu del Japón, recibían una severa disciplina encaminada a lograr unos reflejos a flor de piel y una gran capacidad de concentración. Se entrenaban de forma constante y a causa de ello muchos participantes llegaron a la muerte. En ocasiones, sus maestros atacaban para coger a sus discípulos desprevenidos mientras dormían. A fuerza de

práctica, los ninja agudizaban de tal modo el subconsciente, que contraatacaban de forma instintiva. Un ninja controlaba su respiración de forma que consumía sólo la décima parte del oxígeno normal, y esto se comprobaba introduciéndolos en cajas cerradas herméticamente. (N. del A.)

Del cinturón se colgó un paquete cerrado del que sobresalía un botón. En tono de orden, dijo:

—Vamos, en fila india y sin hablar.

Las seis mujeres *ninja* echaron a andar, dejando las máquinas protegidas entre los árboles, sin temor a que fueran descubiertas. En la oscuridad, y apagadas sus luces, no despedían ningún reflejo que las delatara.

Mientras las seis chicas *ninja,* danzarinas del Only Rich Park, avanzaban a pie, en una especie de barracón utilizado como cantina y algo alejado de otros barracones que se empleaban como dormitorio, un grupo de hombres se hallaba reunido, discutiendo.

Eran mexicanos, hombres de piel curtida a todos los vientos y miradas brillantes, hombres cansados por las durísimas jornadas de trabajo en la tierra bajo las órdenes de capataces despiadados que exigían más y más, sin querer darse cuenta de que eran seres humanos y no bestias.

— ¡Tenemos que exigir más! —dijo uno de ellos, con verdadera virulencia. Mordía las palabras, no hablaba por hablar y estaba muy seguro de lo que decía; sólo pedía que los demás también lo estuvieran.

Otro apoyó:

—A mí me parece que Sebastián tiene razón; yo estoy con él.

— ¡Somos muchos! —exclamó Sebastián, subiéndose al mostrador hasta sentarse sobre él para poder mirar mejor a la casi veintena de hombres allí reunidos.

—No conseguiremos nada —advirtió, pesimista, Chano Valladares, más conocido por el Abuelo.

Tenía muchas canas, casi todo su cabello era blanco y si los gringos seguían contratándole, año tras año, era porque se le consideraba un trabajador esforzado e indomable que realizaba muy

bien su tarea y era, además, un moderador entre sus compatriotas.

Reinaba un profundo mal humor entre los camisas sudadas, como los terratenientes anglonorteamericanos solían denominar a los mexicanos que contrataban para las labores agrícolas como mano de obra barata; hombres que pasaban la frontera clandestinamente, a bordo de camiones, porque carecían de los permisos correspondientes, lo que al parecer importaba muy poco a los terratenientes que querían pagar barato por un trabajo duro, aumentando así sus ganancias.

— ¡Si uno de nosotros va a pedir más —gritó Sebastián— le darán una paliza y lo llevarán al otro lado de la frontera para que no vuelva nunca más, eso es lo que le sucederá, pero si nos unimos todos, sacaremos lo que es de justicia!

—Eso, eso, lo que es de justicia, no queremos ser más esclavos —protestó Dino, que era el hermano menor de Sebastián.

—Sabéis que estamos en sus manos; si la policía nos descubre, nos arrestará hasta ponernos en manos de los federales y éstos nos devolverán al otro lado de la frontera. Ya no podremos volver más y no se nos contratará en nuestra patria porque estaremos fichados.

—El abuelo tiene razón —opinó otro—. Si nos rebelamos, si vamos a protestar a los patronos, lo perderemos todo.

— ¿Todo? Si nos echan, ellos pierden su negocio. ¿Es que no os habéis dado cuenta? A nosotros nos hacen falta los dólares de los gringos, pero ellos necesitan estas manos. —Mostró sus manos, encallecidas y rugosas por las duras labores del campo—. ¡Nuestras manos! ¡Sin ellas no hay negocio y los gringos quieren ganar más y más, nos necesitan como nosotros les necesitamos a ellos!

—Lo que dice Sebastián me parece justo —apoyó el joven Dino —. Lo bueno sería que todos nos pusiéramos de acuerdo.

—Aquí no llegamos a dos docenas, pero las decisiones que tomemos las obedecerán más de mil, seguro que sí, y eso puede hacer mucho daño a los gringos si no se avienen a razones —insistió Sebastián.

Dino masculló:

—Los coyotes no quieren ceder ni un centavo más.

—Un paro, ahora, nos perjudicaría más a nosotros que a ellos —advirtió el Abuelo.

—Siempre hemos hablado y hablado, pero nunca hemos sacado nada práctico, sólo las migajas que nos echan a la cara y aún tenemos que dar las gracias.

—Tienen la ley en la mano —gruñó otro—: Hay policías sobornados, todos lo sabemos, y si uno de nosotros cae en la lista negra, ¿qué ocurre? Pues no más que la pringa, lo atrapan los policías, se lo llevan y le dan una paliza, si es que no se la dan antes los vigilantes de los patronos. ¿Cuántas veces nos han arreado? ¿Cuántas veces hemos tenido que ver a un paisano apaleado y cuántos han desaparecido sin que se haya vuelto a saber de ellos? Acordaos, por ejemplo, de aquel maldito asesino que fue Corona. ¿A cuántos como nosotros mató y enterró para quitarles la paga? Aquí, obedeces lo que te digan y luego extiendes la mano y a callar. Verlo de otra manera es no volver. Somos extranjeros en este lado de la frontera y aunque los haya a millares como nosotros y la policía lo sepa, todo el mundo hace la vista gorda porque todos chupan de nuestro sudor. Los que menos se benefician somos nosotros, precisamente.

—Eso es cierto; si nos hiciéramos ricos no volveríamos —objetó el Abuelo.

—Dejemos de hablar por hablar; a nosotros se nos paga aparte, sin libros que pasen por sindicatos, ni mierdas. Se nos echa la comida casi como a los perros y la hora a dólar, cuando un gringo la cobra a cinco dólares trabajando lo mismo. ¿Por qué no contratan a gringos a cinco dólares hora? Les saldría caro, ¿verdad? Pero, aún ganarían, seguiría siendo negocio; claro que si a los camisas sudadas nos pagan a un dólar, ganan mucho más.

—Jamás nos pagarán a nosotros a cinco dólares, estáis tomados si lo pretendéis, compadres. Para pagar cinco dólares, contratarían a

sus propios paisanos. Si nos meten en camiones, nos cruzan la frontera y nos traen a las plantaciones es a condición de pagar sólo un dólar y bien vigilados, para que no perdamos el tiempo, que mucha leyenda de que los mexicanos somos cachazudos y luego, a la horita de la verdad, somos los que más trabajamos.

—Si a los gringos les pagaran a cinco, seguirían haciendo negocio; si a nosotros nos pagan a dos cincuenta, será por la mitad. ¿Qué os parece?

—Que si no supiéramos que los vigilantes están en la ciudad, divirtiéndose, controlados por otros que vigilan y que les avisarían si algo ocurriera, ahorita mismo no estaríamos aquí —objetó el Abuelo.

—Hay que formar una comisión que vaya a hablar con la junta de patrones. Dos cincuenta es lo justo, ya que nosotros no tenemos carta de trabajo ni papeles y aunque California será siempre nuestra California, ahorita hay que aceptar que esto lo mangonean los coyotes gringos, de modo que nos conformamos con dos cincuenta. ¿Qué os parece?

— ¡Sebastián tiene razón! —exclamó Dino—. Pongámonos de acuerdo. Todos seremos muchos y muchos; seremos la fuerza para pedir lo que es justo. Ya está bien de ser esclavos, no nos parieron para eso.

Todos sabían que por su clandestinidad y por la falta de recursos en sus pueblos de origen, eran explotados por aquellos grandes terratenientes a los que los mexicanos llamaban coyotes.

De pronto, ocurrió lo sorpresivo pero, en el fondo, esperado por todos ellos, porque sabían que aquella reunión era totalmente contraria a los intereses de sus patrones.

El cristal de una de las ventanas saltó hecho pedazos y al interior de la cantina cayó un paquete que todos se quedaron mirando. De súbito, el paquete estalló, expandiendo fuego en derredor.

— ¡Una bomba, una bomba! —gritaron, y todos corrieron hacia la puerta.

Tres quedaron afectados por las llamaradas y sus paisanos les ayudaron, apagándoles el fuego que habla prendido en sus ropas echándoles encima bebidas refrescantes. En realidad, la bomba no había hecho ruido, pero sí había expandido fuego, que era lo que les obligó a salir corriendo de la cantina, interrumpiendo aquella asamblea clandestina en la que intentaban ponerse de acuerdo para reivindicar sus derechos, si es que realmente tenían alguno.

Lo que ninguno de ellos esperaba es lo que se encontraron fuera.

— ¡¡Aaaaaagh!! —rugió uno de ellos, cayendo con la mandíbula hecha pedazos.

Durísimos golpes se abatieron sobre ellos, sin saber cómo ni de dónde venían.

Jamás habían oído hablar de los *ninjas* japoneses, pero más les habría sorprendido de enterarse de que eran seis mujeres quienes les atacaban con aquella inaudita fiereza.

Los tres *nunchakus,* los dos *bo* y las manos enguantadas empleadas en karate, les golpeaban por todas direcciones.

— ¡Son fantasmas! —gritó uno, corriendo.

Antes de que el que acababa de gritar cayera al suelo derribado por un pinchazo de *bo,* otro exclamaba:

— ¡Son demonios!

La mano enguantada de Moon arremetió con un *shuto-uchi* sobre la base de su nariz, tumbándolo.

Las chicas *ninja* eran auténticas máquinas de golpear, ayudadas por las armas orientales, especialmente los *nunchakus* y los *bo* y, por supuesto, aquellos guanteletes mortíferos para las víctimas del karateka que las empleara, además de las botas durísimas que no cesaban de golpear a derecha e izquierda, de arriba abajo y de abajo arriba...

Aquellas sombras a las que los mexicanos no acertaban a replicar, eran verdaderas hélices que giraban de un lado a otro mientras la cantina ardía y los restantes mexicanos que dormían en los

barracones salían alertados por el fuego.

Sebastián consiguió agarrar la mano de una *ninja* que manejaba un *nunchakus*

— ¡Ya te atrapé, maldito! —gritó.

La *ninja* le propinó un rodillazo en el bajo vientre que le desencajó las mandíbulas de dolor. El *hizatsui* entró perfecto, como sólo una experta en las artes marciales podía aplicarlo. Luego, proyecte una *tegatana* a la garganta y le partió el glotis con la feroz mano-espada, soltando el *nunchaku.* La víctima cayó hacia atrás con los ojos abiertos.

Otro mexicano lo vio y arremetió con los puños contra la *ninja,* más no le hizo nada, pues llevaba el casco protector de mentón y chaquetilla reforzada, mientras otra de las *ninjas,* por la espalda, le aplicaba un pinchazo de *bo* en mitad del esternón que le doblegó.

Los mexicanos de los barracones, sin saber exactamente lo que estaba ocurriendo, fueron hacia el barracón. Sonó un silbato, era Moon que había dado una orden clara y concreta. Las seis *ninjas* echaron a correr, perdiéndose en la noche.

Las elásticas féminas corrieron entre los campos sin que nadie pudiera perseguirlas, pues se disolvían en la mismísima noche a paso ligero, porque lo que estaban haciendo no era una huida después del ataque, sino un perfecto y ordenado repliegue, con la mentalización del trabajo cumplido.

A ellas les importaba muy poco si estaba bien o mal lo que habían hecho; era un trabajo a realizar y lo habían llevado a cabo como ellas sabían hacerlo, porque todas ellas eran practicantes de zen y alcanzaban una perfección absoluta en sus trabajos, fuesen cuales fueren, porque cuando tenían que ejecutar algo, lo mismo matar que danzar, no pensaban más que en lo que realmente hacían. No pensaban en el futuro ni en el pasado, tampoco en lo que habían hecho antes ni en lo que harían después. No pensaban si les dolía algo o dejaba de dolerles; hacían sólo lo que debían y en aquel caso, su

misión era golpear duro a los mexicanos que se habían reunido en aquella asamblea clandestina dentro de la cantina.

Las chicas *ninjas* llegaron hasta las motos «Suzuki», las pusieron en marcha y se alejaron entre los árboles, mientras a distancia, crecía el fuego, ya difícil de sofocar.

Las motos de trial, hábilmente manejadas por las chicas-ninjas que preferían actuar siempre en la oscuridad, donde se movían con plena libertad, sacando ventaja a sus enemigos, rodaban, ahora, rápidas, brincando sobre el accidentado terreno.

Los pilotos de competición de motocross habrían quedado sorprendidos ante aquellas mujeres que manejaban con tanta habilidad las máquinas de trial.

Llegaron hasta el furgón «Ford». Metieron las «Suzuki» en él cerraron las puertas y el furgón se puso en marcha, alejándose de aquel lugar.

Regresaron al *cottage* donde se despojaron de sus atuendos negros que las convertían en una versión modernísima de los legendarios *ninjas* japoneses. A bordo del lujoso «Chrysler», abandonaron el *cottage* regresando al aparcamiento del Only Rich Park.

—Vamos, paso rápido pero sin correr —ordenó la okinawense Moon.

Cuando entraron en el camerino apareció el jefe de pista, preguntando apremiante:

— ¿Aún no estáis listas?

—Sólo un minuto y ya estamos. Ahora, fuera —le dijo Moon, cerrándole la puerta.

El público, que había acudido al Only Rich Park, no tardó en aplaudir a aquellas seis excepcionales bailarinas que efectuaban verdaderos prodigios en el escenario.

Y mientras ellas danzaban y los que podían asistir a aquel local se divertían, en las plantaciones, quejidos de dolor y llantos de

amargura se disolvían en la noche, sin hallar un eco que las socorriera.

CAPITULO II

Moses Pacific Savage rodaba a bordo de su «Daymio», aquel coche único en el mundo, pues no había sido fabricado en ninguna cadena de montaje, sino que había sido hecho pieza a pieza, artesanalmente, por las manos y el ingenio de los muchachos que vivían y se educaban en Liberty Garden, convirtiéndose en seres justos para un mundo mejor a través de las culturas orientales, el Yoga, el Zen y el Tao. Asimismo, para la perfección de sus cuerpos, se adiestraban como budokas que ningún o muy poco paralelismo tenían con los budokas que salían de muchos *dojos* instalados por el mundo.

Nada tenían que ver con las competiciones oficiales de los países, continentes o las mismísimas olimpíadas. En Liberty Garden se convertían en budokas, mas no para ser simples deportistas; allí se buscaba el *Do,* el camino hacia la perfección y llegaban al *satori* [(1)], a la perfección total, al cénit de un ser y estar como budoka.

Podía ser difícil de contar, y también largo, lo que buscaban aquellos jóvenes que Moses P. Savage había llevado a Liberty Garden para que, al salir de allí, lucharan y se esforzaran por un mundo mejor.

M. P. Savage conducía hábilmente por aquella deficiente carretera comarcal mexicana, lejos de las rutas asfaltadas que conducían a las importantes poblaciones.

El coche llevaba una polvareda tras de sí y dentro del vehículo

funcionaba el aire acondicionado para mejor soportar la elevada temperatura bajo el sol candente.

Chelo, una linda joven, elástica y de aire muy dulce, mexicana, leía unos apuntes y repasaba mapas. Lo hacía en silencio, aunque, de vez en cuando, formulaba alguna pregunta que le respondía Savage o Ricky, que viajaba detrás, en su sillón giratorio que le permitía salir del auto por la doble portezuela posterior.

(1) Satori, término del budismo zen. Estado de conciencia que equivale a la percepción intuitiva. (N. del A.)

Ricky jugaba un solitario con los naipes y en tales juegos no había quien le pudiera enseñar nada, debido a su cerebro altamente matemático.

Por aquel camino (pues era muy sarcástico llamarle carretera) además de furgones se metían algunos camiones y algún que otro bus, aparte del que efectuaba la línea regular cada semana, pero era difícil que se aventurara un turismo de líneas elegantes como el «Daymio»; sin embargo, éste podía hacerlo debido a que llevaba seis ruedas con suspensión hidroneumática independiente, en cada una de ellas, y regulable a voluntad para rebasar terrenos accidentados, de tal forma que el chasis conseguía elevarse medio metro del suelo.

Cipreses era un pueblecito anclado en el tiempo. Parecía como si la civilización tecnológica de los europeos, norteamericanos, anglos o japoneses, no hubiese llegado hasta aquel reducto que conservaba el espíritu de tiempos pasados que ya sólo podían verse en películas del Far West. La civilización tecnológica no había devorado a Cipreses porque aquel lugar era un chaparral más o menos benigno, pero que no podía proporcionar materias primas ni minerales, pues carecía de yacimientos de clase alguna.

La tierra era dura y nada agradecida, y muy poco se podía sacar de los cultivos, Cipreses era una aldea que vivía de y para sí. Cabras, algunas vacas, sembrados insuficientes para abastecer a sus propios habitantes.

Hacían excelentes cuerdas de pita que si bien ya no podían competir con las artificiales de nilón, quienes las conocían sabían apreciarlas. También elaboraban objetos de adorno y útiles para las casas, de artesanía, y cada trimestre pasaba un camión a recogerlos, pagándoles el trabajo a un precio que si resultaba razonable era porque todo el pueblo había decidido unirse para las ventas, repartiéndose luego los beneficios.

Lo cierto era que Cipreses tenía dinero para pagar cuando se decidía a comprar, porque hombres y mujeres de Cipreses

desaparecían de vez en cuando. Llegaba un camión con toldo, una noche previamente acordada, subían al mismo y se dejaban llevar a los campos de cultivos agrícolas de los gringos, al otro lado de la frontera.

En el momento en que subían a los camiones e iban a trabajar para los terratenientes del otro lado de la frontera, se convertían en camisas sudadas y los patronos en coyotes, dos posiciones enfrentadas que, en realidad, se necesitaban mutuamente.

Los muchachos, y no tan muchachos, de Cipreses, no eran los únicos que cruzaban la frontera clandestinamente para ganarse unos dólares; hacía falta mucha mano de obra barata y lo mismo sucedía en otras partes del mundo. En Europa, por ejemplo, portugueses, españoles, griegos y turcos iban a trabajar a los países fríos del Norte. Muchos de aquellos braceros eran contratados legalmente, pero ¿cuántos irían de forma clandestina?

Los camisas sudadas podían hacer mucho con los dólares ganados a fuerza de sudor, miedo y sangre, porque se sabían perseguidos, pues incurrían en un delito considerado federal en el vecino país de Estados Unidos.

Moses P. Savage sabía que la situación era más que difícil. Había decidido hurgar en un problema espinoso y del que la mayoría, a un lado y a otro de la frontera, no querían ni oír hablar, más los realmente perjudicados eran los que dejaban su trabajo, y hasta su sangre, en las plantaciones, por un salario de esclavitud.

Pese a ello, aquellos braceros del miedo tenían que aguantarse porque era su forma de obtener unos dólares que les permitirían continuar en sus pueblos, con sus casas, con sus tierras, soñando con hacer su aldea mejor y más grande sin romper ni destruir su espíritu, su bucolismo. Y para conseguirlo, les hacía falta dinero, mejorar en educación y cultura, especializarse y aumentar su nivel de vida; entonces sería, realmente, cuando podrían mejorar su pueblecito; sin embargo, mientras siguieran pagándoles aquella miseria, tendrían sólo

para supervivir y soñar siempre en un futuro y no con el presente al que tenían derecho.

Moses Pacific Savage no quería perjudicar a ningún inocente, pero sabía que allí se llevaba a cabo una gran injusticia y que, costase lo que costase, pese a que las propias víctimas también se iban a sentir perjudicadas, tenía que descubrirlo.

— ¡Ahí lo tenemos! —indicó Savage.

Ricky y Chelo miraron a través del cristal parabrisas y vieron el pequeño pueblo de fachadas blanqueadas, con techumbres de tejas de arcilla. Las había mejores y también peores, hechas con ramaje seco y barro, tejados muy antiguos que habían resistido por la escasez de lluvia que allí se producía. Otros ya estaban hechos con materiales modernos de fibrocemento, pero que los mexicanos acababan cubriendo con piedras bien colocadas para que no se vieran aquellos tejados que a ellos les parecían feos y que rompían el espíritu de sus casas, cargadas de años. Allí no se habían edificado casas nuevas, aunque sí se habían mejorado las más antiguas.

—Es bonito —dijo la joven Chelo.

—Un pueblo lleno de sol —opinó Savage.

—Y mucho calor —añadió Ricky, aquel japonés que tartamudeaba al hablar e impresionaba con su gran mole humana de ciento ochenta kilos y dos metros diez de estatura.

Savage introdujo el «Daymio» entre las casas, metiéndose por una callejuela hasta desembocar en una especie de plaza en cuyo centro había un pozo con gran brocal.

A aquel pozo se acudía más por costumbre ancestral que por necesidad, pues de forma colectiva y a través de su Ayuntamiento, habían comprado una potente motobomba. Habían cavado un profundo pozo y en la colina cercana habían edificado un depósito que la motobomba llenaba de forma automática. Del depósito bajaba una canalización de agua que se distribuía por todo el pueblo. Había sido una apreciable y gran mejora para aquellas gentes; no era la única y

en la mente de todos estaba mejorar más, pero los pesos no llegaban para tanto, puesto que cuando se les pagaba por su trabajo, antes de regresar en el camión al pueblo, siempre aparecía alguien que cambiaba los dólares por pesos y a un cambio que no resultaba del todo justo. Se les solía decir que se les pagaría en dólares, pero a la hora de tomar el dinero, siempre cobraban en pesos.

« ¿Para qué queréis dólares; no vais a pagar en pesos? Vamos, otro...», solía decir el pagador que hablaba como ellos, pero que tenía en su bolsillo un pasaporte como ciudadano norteamericano y eso le convertía en un ser diferente, un ser que tenía unos derechos de los que ellos carecían.

Savage detuvo el coche y salió de él estirando los brazos. Fueron observados con curiosidad. Ricky descendió también del «Daymio» y Chelo hizo lo propio. Formaban un extraño trío, un trío como el que no habían visto nunca otro en Cipreses.

—Allí hay una cantina, vamos —indicó Savage.

Un tocadiscos dejaba escapar la voz fuerte y vibrante, cargada de vitalidad, de Lucha Villa, acompañada por un rico mariachi.

— ¡Buenos días! —saludó Savage.

—Que todos los tengamos.

El hombre que acababa de responder estaba al otro lado del mostrador; llevaba un mandil entre sus manos y les miró con recelo.

—Venimos sedientos —dijo Savage observando que otros mexicanos que había en el local, la mayor parte de ellos con bastantes años en sus duras costillas, les miraban de reojo.

—No tengo whisky. ¿Americanos?

—Somos seres humanos; personas. ¿Qué importa de dónde seamos?

— ¿Son fugitivos de la ley?

—No tema, no somos fugitivos, tenemos los papeles en regla.

—Pues deberá ser así, porque es posible que los oficiales de vigilancia pasen por acá.

—Pues que pasen, ya les invitaremos a un pulque o un mezcal; ahora, y particularmente, desearía una limonada fresca.

—De eso sí tenemos. ¿Y usted, señorita?

—Lo mismo.

— ¿Paisana?

—Pues claro —asintió Chelo, riéndose un poco.

El cantinero se relajó un tanto y los demás que estaban en el local, también; no obstante, seguían suspicaces a Ricky, pese al aire bonachón y sonriente del japonés. Aquellos dos metros diez de estatura y alrededor de ciento ochenta kilos de peso no les parecían muy naturales...

—Y el caballero, ¿qué va a ser?

—Limón, no, orange. —Y sonrió.

—Oiga, ¿de dónde es? —preguntó el cantinero, señalando con el pulgar a Ricky que se había encarado con una de las paredes donde había una reproducción biográfica clavada con chinchetas del calendario azteca de piedra, con cuatro ciclos de 52 años y que debía de parecer muy interesante a su cerebro altamente matemático y computador.

—Es japonés, muy buen muchacho, pero será mejor que no se enfade. Sírvale ración triple de naranjada, con una sola no tiene suficiente.

—Claro, con un vaso no es bastante. ¿Y si.se lo sirvo con jarra?

—Pues mejor. Mire, venimos a visitar a un amigo que está enfermo; se llama Dino.

Todos los mexicanos se miraron entre sí; volvieron a su anterior actitud recelosa y fue Chelo la que insistió:

—Es amigo nuestro. No le vamos a curar, no somos doctores, pero es amigo.

—Pues no está en su casa.

—Sabemos que está aquí —dijo Savage con firmeza—. Si no pensáramos que son ustedes gente honrada, les daría dinero, dólares

americanos para que me dijera dónde está, pero como estaría feo aceptar dinero por decirle a unos amigos de Dino dónde se encuentra él, no se los ofrezco.

—Ustedes disculpen, caballeros.

El cantinero salió de detrás del mostrador y habló con un muchachito que estaba junto a la puerta; éste salió corriendo. El mozo regresó a la barra y dijo:

—Ahora les sirvo los refrescos.

Apenas terminaban los refrescos cuando regresó el niño, hablando al oído del cantinero; éste asintió con la cabeza y sonrió.

— ¡Ejem, ejem...! ¿Buscaban a Dino Rodríguez?

—Sí, en efecto, buscamos a Dino Rodríguez.

—Pues el chamaquito les llevará a donde está. Dino no está nada bien y como su casa no reunía muchas condiciones, ustedes ya me comprenden, lo tienen reposando en la casa de los Gonzálvez. Allá lo encontrarán.

— ¿Cuánto le debo?

—Si son cuates de Dino, nada, por hoy invita la casa, pero sólo por hoy.

—Muchas gracias —se apresuró a decir Chelo. Conocía bien la forma de ser de sus compatriotas y sabía que, en aquellos momentos, no se podía despreciar una invitación a riesgo de crearse una antipatía que no les convenía ni la deseaban.

Salieron siguiendo al niño que, de vez en cuando, miraba a Ricky de reojo, con menos disimulo que sus mayores; el japonés le causaba una gran impresión debido a su fabulosa corpulencia.

La casa de los Gonzálvez era la mejor y mayor del pueblo. Un gran muro la circundaba y tenía un gran patio en el que crecían algunos árboles. Poseía un pozo que rara vez se utilizaba, pues al igual que sus vecinos gozaba del sistema de canalización de agua y, luego, un largo y fresco zaguán.

La casa, de estilo colonial español, debía tener muchos años y

había ido sufriendo deterioros que últimamente, con algo más de plata, habían sido reparados.

Un joven fibroso, de mirada vivaz y recio bigote pese a su juventud, les recibió en la puerta.

— ¿Vienen ustedes a visitar a Dino Rodríguez?

—Así es —asintió Savage. Le sobrepasaba toda la cabeza en altura, pero aquello no mermaba un ápice la arrogancia sana y natural de aquel mexicano.

—Me llamo Jorge Gonzálvez y tengo mucho gusto en recibirles en la casa de mis mayores.

—Le presento a mis amigos, Ricky y Chelo, que es compatriota de usted.

—Mucho gusto.

—Gracias —aceptó Chelo.

—Y yo soy Moses Pacific Savage, reportero libre, con pasaporte norteamericano.

—Encantado, señor. Usted es un *free-lance* muy bueno por cierto.

— ¿Me conocía?

—Por alguno de sus reportajes. Siempre anda hurgando en las llagas y haciendo gritar a la gente.

—Es lo que intento. Sé perfectamente que no voy a cambiar el mundo, ésa es misión de otros, pero yo denuncio a la opinión pública las cosas sucias que descubro y para ello, me aseguro antes buscando pruebas.

—Pasen, por favor.

A Savage le pareció que aquel joven alto y fibroso llamado Jorge Gonzálvez había impresionado favorablemente a Chelo, una muchacha moderna que vestía tejanos y una blusa holgada blanca que mantenía más fresco su cuerpo esbelto y elástico.

Chelo era muy hermosa y tenía más cualidades encerradas dentro de su espíritu, de su mente, de las que se le podían atribuir al primer golpe de vista. No en vano se había educado en Liberty

Garden, lejos de toda manipulación, lejos de toda tendencia, fuese cual fuere su signo.

Era libre, respetuosa con las ideas del prójimo y cinturón negro, cuarto Dan, en karate y segundo Dan en judo, aparte de conocer otras Artes Marciales, y a cualquier rufián le habría parecido fácilmente dominable, pero nada más lejos de la realidad.

La casa era amplia y de techos altos reforzados con vigas de ciprés, aquella madera incorruptible que abundaba en el pueblo porque, hacía ya siglos, a alguien se le había ocurrido plantar muchos árboles de esa especie de coníferas.

Dino estaba tendido en la cama junto a la cual había una mesita con superficie de mármol. Sobre ésta había un vaso vacío y una jarra con agua en la que flotaban pedazos de limón. También había un transistor que en aquellos momentos dejaba escapar música *country* folk anglosajona.

Dino se hallaba cubierto con una sábana y se podía ver, claramente, el envoltorio de yeso que sujetaba su cuerpo hasta las caderas, inmovilizándole. Su cabeza no se podía mover y un saliente le sujetaba la mandíbula. Estaba prisionero dentro del molde de yeso y sólo sus brazos y piernas se veían libres.

Dino movió los ojos para mirarlos a los tres y al final detuvo su mirada en Savage. Con dificultades en el habla, debido al sujetamentón que llevaba como parte de la envoltura inmovilizadora, preguntó:

— ¿Es usted Savage?

—Sí, Dino. Me llegó tu carta y ya ves que he venido.

—Pensaba que vendría; dicen que siempre anda metido en líos grandes.

—El que tú me contabas en tu carta es muy grande, Dino. He venido con mis amigos Chelo y Ricky.

— ¿Cómo te sientes dentro de la horma. Dino? —preguntó Chelo, amistosa y muy amable.

—Pues, nadita bien, ¿qué les voy a decir? —Suspiró y miró a Jorge Gonzálvez su protector, para que le ayudara.

Este explicó:

—Le dislocaron las cervicales. El señor doctor dice que en unos meses le podrá quitar el yeso y mejorará mucho, es lo que todos estamos aguardando. ¿No es cierto, Dino?

—No me hago ilusiones, muevo las manos, pero no los pies; ya no volveré a andar —dijo, pesimista, pero no derrotado totalmente.

— ¿Qué ha dicho el doctor de sus piernas? —inquirió Chelo.

— ¿No sientes nada en los pies? —preguntó Savage, por su parte.

—Sólo calor y frio, nada más; el señor doctor opina que es buena señal.

—Sí, lo es. No quiero intervenir en lo que hace el doctor, sin embargo, me gustaría que me permitieras hacerte unos pinchazos mientras charlamos.

— ¿Es usted médico? —le preguntó Jorge Gonzálvez.

—No, no lo soy, pero los médicos occidentales, pese a su avanzada ciencia, ignoran muchas cosas que ya conocían en Oriente hace miles de años. Después de todo, lo que yo le pueda hacer no le va a perjudicar en absoluto.

—Haga de mí lo que quiera, Savage.

—Correcto. ¿Alguien puede traerme agujas de acero y un frasco de alcohol? —pidió Savage.

—Bien —aceptó Jorge Gonzálvez, no muy convencido—. Veré qué se puede hacer.

—De acuerdo, esperaremos.

—Jorge es un gran hombre —explicó Dino, cuando hubo salido el hijo de los propietarios de la casa—. Ha estudiado en la capital federal y ha vuelto a su pueblo para que todo marche mejor, según dice. Está muy preocupado por lo que nos ocurrió. Tiene muchos amigos y anda buscando la forma de ayudar a sus paisanos, pero eso

no va a ser posible. Los gringos se las saben todas. ¿Usted es gringo, Savage?

—No lo sé; pero eso no es lo que importa, ahora; hablemos de ti. Voy a practicarte una combinación de lobulopuntura y acupuntura general. Lo más probable es que no notes nada nuevo, no se hacen milagros, pero también pudiera ser que tuvieras alguna mejora.

—No tema, no me haré ilusiones.

—Eso es, muchacho, hay que saber aguantar lo que venga.

— ¿Le sirve esto? —interrogó Jorge, ya de regreso.

Savage tomó la caja de agujas y el frasco de alcohol. Miró el vaso, pidió que lo lavaran y luego vertió alcohol dentro. Volcó las agujas en el interior del vaso, que removió con movimientos circulares.

—Bien, Dino; ahora, mientras yo te doy unos pinchacitos, tú me cuentas lo que en tu carta decías ibas a explicarme sobre los camisas sudadas.

—Nos atacaron. Tiraron una bomba incendiaria dentro de la cantina y cuando salimos corriendo para no quemarnos, estaban fuera, eran como demonios, espíritus malignos. Llevaban palos y unos palitos con cadenas.

— *¿Nunchakus?*

—No sé lo que es eso, pero sí sé que rompían huesos. Que yo sepa, todos quedamos con huesos rotos, todos, y éramos dieciocho.

— ¿Cuántos eran ellos?

—Na se supo. Iban vestidos de negro, apenas se les veían los ojos. Atacaban, golpeaban y no se les podía golpear a ellos porque casi volaban en sus saltos y eran tan negros que no se les veía. Eran como demonios.

—*Ninjas.*

— *¿Ninjas?*

—Sí, una especie de guerrilleros muy preparados para atacar en la noche. Son seres capaces de soportar cosas increíbles, ya te contaré

cosas de ellos en otro momento. Ahora te puedo decir que en la noche son peligrosísimos; ellos prefieren combatir de noche, por eso se visten totalmente de negro.

—Nosotros esperábamos que los vigilantes de los patronos no aparecieran, sabíamos dónde estaban, los controlábamos, pero aparecieron esos *ninjas* como usted los llama y nos atizaron tan duro que no pudimos levantarnos. La cantina ardió. Acudieron vigilantes preguntando qué había ocurrido, pero nadie supo aclararlo. Llamaron al doctor Diéguez que es un chicano que nos atiende en la plantación; él hizo lo que pudo y nos metieron en un camión para volvernos a casa porque ya no servíamos para el trabajo. Todos estábamos rotos, pero, que yo sepa, tres no volvieron y uno de ellos era Sebastián, mi hermano.

— ¿No pudo recuperarse y seguir en las plantaciones? —interrogó Savage mientras buscaba los puntos de las líneas de energía de acupuntura y en ellos clavaba las agujas, apenas un milímetro o dos. Luego, removía la aguja hasta hallar el lugar y la excitación precisa.

—Si Sebastián hubiera estado bien —explicó Jorge Gonzálvez—, lo hubieran hecho saber. Tememos lo peor. Cuando un camisa sudada muere en las plantaciones de los coyotes, no se puede esperar que éstos lo notifiquen. El cadáver ha de desaparecer bajo tierra o bien cruzando la frontera y arrojándolo a cualquier parte. Tememos que Sebastián y los otros hayan corrido esa suerte, aunque nada podemos afirmar.

— ¿Tiene una pila de linterna o de transistor nueva?

—Las pilas del transistor son nuevas —indicó el propio Dino.

—Ricky, desmóntalo. Usted, Jorge, ¿puede traernos un cable eléctrico pequeño, para pelar unos hilos de cobre?

—Sí, en seguida.

Mientras seguía interrogando a Dino acerca de lo ocurrido, Savage comenzó a clavar puntas de aguja en los lóbulos de las orejas,

en lugares muy precisos. Cuando le dieron las pilas, conectó las agujas a las mismas, haciendo que el pequeño voltaje de las pilas penetrara en los lóbulos.

— ¿Notas algo, Dino?

—Un ligero escozor.

—Entonces aguanta, Dino. Ahora vas a tener que darnos nombres de paisanos tuyos en los que puedas confiar dentro de las plantaciones.

—Alguien se fue de la lengua, Savage, y los más bravos fueron los que recibieron la paliza de esos demonios que usted llama *ninjas.* Ya ve cómo me dejaron a mí y ni uno solo quedó bien para continuar trabajando allá.

—De todos modos, hay que buscar nombres, debes nacer memoria. Iremos allá, Chelo se hará pasar por una muchacha trabajadora, una camisa sudada más.

— ¿Ella? Lo va a pasar mal y le pagarán peor, señorita.

—No temas por mí, Dino, sé defenderme.

—Comprendo lo que ustedes quieren hacer —dijo Jorge Gonzálvez, y añadió—: Me agradaría que me dejaran participar. Yo también quiero hacer algo por mis paisanos; les ayudaré a descubrir a los culpables.

—Le advierto que los primeros en cerrar la boca van a ser sus compatriotas porque temerán que llevemos a la televisión, a la radio y a los periódicos, lo que ocurre; ellos pueden quedarse sin trabajo.

Dino fue respondiendo a Savage todo lo que recordaba. Dejaba que el famoso reportero, conocido también como el Star-Budoka, aquel hombre de espeso y abultado cabello azabache y ojos intensamente verdes, de una gran serenidad en su rostro, practicara la acupuntura y la lobulopuntura en él, para ver si podía ayudar algo a su cuerpo postrado dentro de un armazón de yeso que lo inmovilizaba.

—Bien, ahora mira al techo —le dijo Savage tras quitarle todas las agujas—. Tú di cuando sientas un pinchazo, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo.

Savage pinchó con una aguja en la planta del pie; de inmediato se produjo una reacción.

— ¡Uy!

— ¿En qué pie?

—En el derecho.

Savage miró a Jorge Gonzálvez y éste, impresionado, objetó: "

—A la aguja del doctor, no reaccionaba.

— ¿Y ahora? —preguntó Savage sin pinchar.

—No he notado nada.

—Bien, bien. ¿*Y* ahora?

— ¡Uy!

— ¿En qué pie?

—En el derecho.

— ¿Y ahora?

— ¡Uy!

— ¿En qué pie?

—Izquierdo...

—Perfecto, Dino, te recuperarás. Puedes estar lesionado, pero tu médula espinal no está cortada. Trata de mover el pie derecho.

— ¡Es que no puedo!

— ¡Sí puedes, adelante, vamos! Ya has visto que el pinchazo lo notabas, ¡vamos!

Ante la sorpresa de todos, comenzó a mover el píe, primero lentamente y luego más y más aprisa.

Quien menos se sorprendió ante lo ocurrido fue Ricky, que conocía bien la ciencia de la acupuntura y la lobulopuntura y también la especialísima habilidad de M. P. Savage para practicarla. Dino, notando que sus pies se movían, sin poder verse a sí mismo, comenzó a reír para terminar llorando.

CAPITULO III

Con la tercera marcha puesta, Moses Pacific Savage rodaba por la autopista 101 a bordo de un «Porsche 924» color limón.

Tomó la salida hacia el lago Cachuma sin que el deportivo se desplazara lo más mínimo fuera de las líneas marcadas en el asfalto. A alta velocidad, aquel benjamín de la marca «Porsche», funcionaba perfectamente. Era el único «Porsche» refrigerado por agua, algo sorprendente para la técnica alemana de los «Porsche» que prefería la refrigeración por aire.

Ya llegando al área del lago Cachuma, se encontró con una carretera en la que un rótulo advertía claramente: «Prívate».

Giró el volante y quitó una marcha, pasando a la segunda. El motor del benjamín de los «Porsche» rugió, era un buen coche, se viajaba seguro dentro de él y el tapizado resultaba delicado a la vez que confortable.

La carretera privada terminaba en una gran verja de acero inoxidable frente a la cual Sávage detuvo aquel deportivo de 1.984 c.c.

Sobre la verja, un rótulo que era un prodigio de forja, rezaba: «El Refugio, Club-Private.»

Por unas puertecitas laterales que había a derecha e izquierda de la gran verja aparecieron dos guardias uniformados y que llevaban revólver al cinto como si fueran oficiales de policía, aunque sólo eran

vigilantes privados. Detrás de la verja quedaba un tercero vigilando á distancia.

— ¿Adónde va, señor? Esto es un club privado.

La advertencia fue hecha con cuidado, aquel «Porsche 924» impresionaba. Se veía claramente que tenía que ser costoso y había muchos que, según el lujo y la calidad del automóvil, así trataban a su conductor

—Estoy citado con el senador McSide.

— ¿El senador McSide? —repitió el vigilante, suspicaz.

—Bueno, es ex senador, pero a él le agrada que le llamen senador.

— ¿Me permite ver su identificación?

— ¿No se fía?

—Disculpe, es la norma.

Savage sacó su carnet identificativo al tiempo que comentaba socarrón:

—Este club está más vigilado que las instalaciones de la NASA.

—Moses P. Savage, reportero... —Volvió a observarle, quizá con mayor suspicacia, y le devolvió el documentó—. Aguarde.

Se alejó hacia una de las puertas mientras el otro hombre permanecía vigilante junto al coche. Debieron comunicarse con el interior del club y le dieron el visto bueno. La verja se abrió electrónicamente sin que nadie la empujara. Savage apretó el embrague, metió la primera y soltó el embrague al tiempo que daba gas. El «Porsche 924» avanzó sobre la gravilla.

—Siga las indicaciones —le dijo el vigilante que parecía jefe.

Rodó en primera marcha hasta situar el deportivo bajo unos voladizos en un área de *parking* que protegían a los coches del sol para que no se recalentaran,

Descendió del auto guardándose las llaves. El Refugio era muy amplio, con varias edificaciones de una sola planta.

Había dos cafeterías, un *snack* y un restaurante de lujo frente a

la gran piscina de forma irregular y agua nítida y purificada dentro de la cual podían caber casi tres piscinas olímpicas. Poseía dos toboganes, un trampolín gigante de tres alturas, dos trampolines medios distribuidos a lo largo de la piscina y no menos de cuatro planchas de madera a ras de suelo para que los niños aprendieran a lanzarse desde un trampolín

Flotando en la piscina había una plataforma de unos quince por quince metros que era utilizada como escenario para ciertos espectáculos que el club contrataba para sus socios y los invitados de éstos.

Sobre la plataforma, seis muchachas orientales efectuaban ejercicios que M. P. Savage reconoció de inmediato. Practicaban Budo a manos vacías y mezclaban el Karate con el Tae Kwon Do, el Judo y el Aikido. Incluso, de vez en cuando, alguna de ellas adoptaba actitudes de Kung-Fu imitando animales en lucha. En realidad no estaban haciendo ningún combate, sólo se mantenían en forma y observándolas, cualquiera podía darse cuenta de la elasticidad de sus cuerpos, de la gran agilidad que poseían.

Las estuvo observando durante más de un minuto y la más alta de ellas (todas vestían bikini) quedó quieta en la postura Hachiji-Dachi, observándole. Ambos cruzaron sus miradas y Savage intuyó que los ojos femeninos, aquellos ojos que apenas podía ver por la distancia, le enviaban un desafío.

— ¡Savage, eh, Savage!

Por entre unas mesas apareció un hombre de cabello cano, y cara roja por el sol y las buenas comidas, muy sonriente y con deseos de caer simpático.

Savage le conocía desde hacía tiempo. McSide era un político venido a menos, un político que había llegado a senador, pero había sido manipulado por intereses privados y sólo había durado una legislatura, aunque se comentaba que había bastado para obtener el dinero suficiente para vivir como lo hacía el resto de sus días, es decir,

como un magnate, aunque también era cierto que cuando se había metido en la política ya tenía su propia fortuna.

— ¡Hola, senador McSide! Es usted socio de un club muy lujoso.

— ¡Bah, bah! Bueno, después de todo he de admitir que es un club muy exclusivista. En realidad, la mayoría de acciones de este club pertenecen a los grandes terratenientes de los alrededores. Todas las plantaciones que hay desde el lago Cachuma, con cuya agua llenan esta gran y hermosa piscina hasta el lago Buena Vista, pertenecen a los hombres que se refugian en este club.

—He oído que sacan buenas frutas, tomates y remolachas.

—Sí, de todo, de todo; es una tierra buena y bien regada. No les ha bastado con tener los ríos y los lagos y han creado una vasta red de canales de riego. Han in vertido millones de dólares y ahora sacan el provecho; pero, no habrá venido a verme para hablar de los plantadores, ¿verdad?

—Si he de hablar de usted, bueno es que también hable de sus amigos y cuanto más importantes sean sus amigos, tanto mejor, ¿no cree?

— ¡Oh, sí, claro! Venga conmigo y le presentaré a gente importante de este condado. Viven en Santa Bárbara como yo, pero los cultivos agrícolas están al este del lago. Venga, Savage, venga. Por suerte, hoy había reunión de los plantadores y están aquí los peces gordos, los que controlan el área agrícola del condado.

—Y esas muchachas orientales, ¿entra gente de color en este club?

— ¿Gente de color? Bueno, esas chicas son bailarinas del Orient Ballet y actúan en el Only Rich Park de Malibu, al Norte de Los Ángeles. Están invitadas aquí por alguien, no sabría decirle quién. Socios de color no tenemos, pero tampoco nos raspamos la piel si en la piscina se bañan unas chicas orientales.

— ¿Y si fueran negras?

—No ponga las cosas difíciles, Savage, no me obligue a

respuestas tajantes, luego sería malo para mí. —Le cogió por el brazo y dio rienda suelta a lo que verdaderamente le preocupaba, preguntando—: ¿Cree que todavía tengo posibilidades políticas? ¿Ha oído hablar de mí, a alguien de Washington? La verdad, he pensado en tantas y tantas cosas que podría hacer por California

Antes de alejarse del borde de la piscina, conducido por el ex senador, Savage dio una última ojeada a la mujer oriental que se había quedado en la posición Hachiji-Dachi mirándole desafiante. Aquella fémina no le perdía de vista; era como si hubiera intuido que M. P. Savage iba a ser su enemigo mortal.

El ex senador McSide le llevó a un salón amplio y con grandes ventanales encristalados, desde los que se dominaban gran parte de las óptimas instalaciones deportivas y de recreo que poseía aquel club selectivo para millonarios. El salón-estar donde se jugaba al bridge, se leía o, simplemente, se criticaba a los ausentes, no estaba vacío; había como una docena de personas, la mayoría de ellas mujeres; sólo había dos hombres ya ancianos, uno de los cuales leía el *Washington Post.* El otro dormitaba hundido en una butaca, con la cabeza torcida sobre un hombro, como un pájaro acabado.

El ex senador McSide, deseoso de agradar al reportero de gran renombre mundial, no se daba cuenta de que los ojos de las mujeres, tanto jóvenes como maduras, se clavaban en Savage, favorablemente impresionadas por su elevada estatura, su figura estilizada, su caminar fácil, su abundante cabellera negra y lacia, peinada de forma algo orientalizada por el fleco que le ocultaba parte de la frente, sus ojos escrutadores, y a la vez acariciantes, intensamente verdes, su elegancia innata en el vestir.

Savage conocía su atractivo hacia las mujeres, aunque nunca hacía alarde de aquella especie de privilegio que la mayor parte de los varones de la Tierra deseaban poseer.

—Todavía no han salido de la reunión. Cuando termine se los presento, Savage —dijo McSide señalando hacia una puerta en la que

un rótulo anunciaba; «Sala de Conferencias.»

En el marco había una luz encendida en rojo que advertía que nadie podía entrar, por estar la sala ocupada en reunión.

—Mire, venga, aquí están las esposas y las hijas de los más importantes.

Las mujeres, seis de ellas sentadas en torno a una larga mesita de centro, bien acomodadas en un mullido sofá de módulos colocado en forma de herradura, le sonrieron ya de entrada.

El ambiente se tornaba propicio. Una de las mujeres, algo madura, con más abundancia de pechos que sus compañeras y con unos muslos que llevaba al des cubierto, como casi todas, y que hubieran hecho las delicias de muchos campesinos, dijo:

—Viene usted muy bien acompañado hoy, senador.)

—Sí, es un amigo de hace tiempo, un excelente muchacho. Todas habréis oído hablar de él.

—Sus medidas están a la vista, pero ¿y su nombre? —inquirió una, algo sarcástica, llevándose un vaso de whisky con hielo a los labios. Escrutó a Savage por encima del vaso, muy maliciosa.

—Se llama Moses P. Savage —presentó McSide.

— ¿El de los reportajes escandalosos? —inquirió una de las mujeres más maduras, removiéndose en el sofá.

—Le suponía más mayor —opinó otra.

De todos los nombres que le dijo el ex senador, M. P. Savage sólo se quedó con dos: El de la señora Helen Dow y el de su hija Jennie. Esta última era la más joven del grupo de féminas y su madre, la que alardeaba de abundancia de pechos y grosor de muslos, aunque de no ser por la refrigeración artificial, habría sido fácil ver su piel irritada a causa del sudor provocado por el intenso calor.

—...Savage se ha interesado por mí y es posible que me haga un reportaje que salga en las cadenas de tele visión de Costa a Costa. Los reportajes de Savage siempre son muy interesantes —explicó McSide.

— ¿Y dejará que lo ponga hecho un trapo, senador? —preguntó

Helen Dow.

— ¡Bah, no será tanto! Savage hará preguntas indiscretas, es lógico y hay que contar con ello; si no hay preguntas incisivas, el reportaje no interesa al público. Hay que echarle algo de carne, ¿no es eso, Savage?

—En realidad, estoy buscando tema para un buen reportaje. En ocasiones inicio un reportaje y si después no me parece del todo interesante, lo olvido o lo dejo repasar y me dedico a otro que quizá tenga más gancho, más impacto. De todos modos, haré cuanto pueda. Veré el ambiente de vida que hay por los alrededores; en fin, realizaré un reportaje con mucha envoltura.

—A lo peor, a los que vivimos en este valle, entre los dos lagos, no nos gusta salir en ese reportaje —advirtió Helen Dow.

—Eso no sería problema mío, señora Dow. Cuando hago un reportaje no pregunto al o a los personajes que van a salir si les gustará o no, me da lo mismo.

—Eso le puede acarrear problemas —insistió Helen Dow, que parecía erigirse en algo así como la madre de todas las hembras allí reunidas.

—Estoy acostumbrado a los problemas. Si alguien se molesta por lo que digo y puede demostrar que no es cierto, que además he lanzado calumnias, puede denunciarme a los tribunales. La ley protege a todo ciudadano para que no sea calumniado impunemente.

—Y usted se arriesga porque le gusta jugar con fuego, ¿verdad? —preguntó esta vez Jennie apartando el cigarrillo de sus labios generosos, centrados en unas mandíbulas fuertes para ser femeninas, lo que no le restaba atractivo sino más bien lo acentuaba.

—Puede que tenga espíritu aventurero, lo admito, pero no se trata de jugar con fuego sino de abrir los ojos a la opinión pública sobre muchas cosas que suceden y que la gran mayoría desconoce. Pienso que la base fundamental del éxito de muchas estafas, atropellos, explotaciones del hombre por el hombre, radica en que la

mayoría de la opinión pública desconoce estos delitos y, en consecuencia, no reacciona en contra. Casi siempre se entera de la estafa, del crimen, del atropello o de la explotación humana, solamente la víctima concreta y entonces ya no encuentra a nadie que le ayude.

—Usted ha dicho que existe una justicia, creada para proteger a quienes se sientan perjudicados.

—Hay asuntos que no están totalmente especificados en las leves porque a los que se benefician de ellos no les interesan que lo estén. También hay otros hechos delictivos en que la víctima es furiosamente explotada, porque ella misma está al margen de la ley. En ocasiones, las leyes son vulnerables y, por desgracia, yo creo en los sobornos a los hombres que han de defender la ley o imponer la justicia. ¿Estoy equivocado, senador McSide?

— ¡Ejem, ejem...! —carraspeó—. Podríamos hablar de otra cosa, ¿no les parece?

— ¿Es buen nadador? —preguntó Jennie Dow, cambiando la conversación rápidamente.

—Digamos que si me lanzan a una piscina no me ahogo.

— ¿Qué le parece, si nos damos un chapuzón?

—No he traído bañador.

—En vestuarios le darán el que precise, y de su medida.

—Jennie, ya sabes que no me gusta que te bañes ahí estando esas orientales —atajó la madre.

Savage se volvió, clavando en la mujer madura la intensidad de sus ojos.

—Señora, ¿tiene usted algo en contra de las mujeres orientales?

— ¿Yo?

—Sí; me ha parecido entender que le molesta que su hija se bañe junto a esas muchachas orientales.

— ¿Acaso tiene usted sangre oriental?

—La verdad, no lo sé y no me importa ni deja de importarme.

En este planeta, todos somos personas.

— ¡Ejem, ejem! —volvió a carraspear el ex senador—, aquí no somos segregacionistas.

—No, no creo que lo sean, sólo que si cae entre sus garras alguien de otra raza, lo exprimen hasta que quede reseco y no sirva más; luego, se le tira al desierto y los elementos acaban de calcinarlo mientras ustedes siguen amasando plata.

— ¿Cómo se atreve a decirnos, a la cara, cosas semejantes?

—Mamá, si lo dice a la cara no es malo, sólo se trata de encontrar una buena réplica —opinó Jennie sonriendo—, Sería peor que lo dijera a nuestras espaldas—. Miró a Savage e insistió—: ¿Vamos a darnos un chapuzón?

—Sí... ¿cómo no? Senador, luego seguiremos hablando. *Voy* a pasar unos días por este condado.

McSide quedó quieto y callado, como si temiera exasperar más a la esposa de Howard Dow, presidente de la Unión de Terratenientes del Condado.

Ya fuera del salón-estar, notaron que la temperatura era más caliente, pues habían dejado al otro lado de los cristales el aire acondicionado.

Jennie, que vestía una camisola verde manzana por encima de su cuerpo cubierto con un micro-bikini, entre sonriente e interesada, le preguntó:

— ¿Siempre es tan duro con las mujeres?

—Si me tuteas, tanto mejor. ¿Dónde está el vestuario?

—Allá, a la derecha. Te espero en la piscina, veremos si te ahogas o no.

—Quizá sí me ahogue, porque mirándote puedo olvidarme de chapotear.

— ¡Hum...!, ¿también sabes decir cosas bonitas? ¿Sabes que papá me va a echar una bronca por estar contigo?

—No.

—Pues cuando mamá te ponga hecho un trapo sucio ante sus oídos, me va a llamar a mí.

— ¿Le tienes miedo a tu padre?

—No. Mi padre es el hombre más bueno que he conocido nunca, pese a que dicen que es de puro granito. Siempre me ha tenido muy mimada y no me ha regateado un capricho.

—El que te haya dado un capricho a ti, a su hija, a su muñequita, no quiere decir que sea un hombre íntegramente bueno.

— ¿Preferirías que echara lodo sobre él? Es mi padre.

—El padre siempre es intocable, pero los padres de todos no dejan de ser hombres iguales a otros hombres que, a su vez, son padres, o no lo son porque no se han casado o son estériles. Todos son hombres y para mis juicios, no importa que posean la categoría de padres. Sería tanto como justificar a un hombre que comete un delito por la simple razón de tener un hijo o una hija tan bella como tú.

—Es difícil replicarte, tienes demasiada labia. Veremos si, además de hablar, sabes hacer otras cosas.

—Espero no defraudarte. —Y se alejó hacia los vestuarios.

Cuando reapareció, vestido con un pequeño bañador con estampado de leopardo, se dirigió a la piscina y descubrió a Jennie en el gran trampolín, pero en la plancha media.

— ¡Eh, Savage, estoy aquí! —interpeló Jennie.

Cuando Jennie hubo acaparado la mirada masculina, pues había esperado a que apareciera Savage para lucirse, dio un salto con los pies juntos. Se dobló sobre sí misma y cayó con una verticalidad perfecta, sumergiéndose en las nítidas aguas de la piscina.

M. P. Savage anduvo junto al borde de la piscina, dirigiéndose al gran trampolín. Sin dejar de caminar, vio aparecer la cabeza de Jennie a flor de agua. Dedicó un aplauso de admiración al perfecto salto que había conseguido la joven.

Savage subió al trampolín y notó que muchas miradas femeninas seguían su cuerpo ágil, altamente viril, con vello rizado en el tórax y

unos músculos que se marcaban en las extremidades del pecho y la espalda, sin que hubiera asomo de grasa en ninguna parte de su cuerpo. Tampoco sus músculos estaban hinchados por un exceso de hacer pesas. Era como ver a un guepardo trepando a un árbol, suave y poderoso, y al mismo tiempo, seguro, y con un control de sus nervios que sólo podía obtenerse con las técnicas mentales orientales.

Llegó a la plancha más alta del trampolín, a unos setenta pies del suelo o quizá más. Allá arriba, raramente subía nadie y de vez en cuando, en las tertulias, se hacía alusión a los tres heridos por saltar desde aquella altura. Uno de ellos había terminado por morir tras pasar un mes en el hospital donde habían tratado de salvar su cuerpo, reventado por dentro.

M. P. Savage se aseguró de que no iba a caer encima de nadie mientras, desde abajo, Jennie le gritaba:

— ¡No hagas locuras, no tienes que demostrar nada!

Savage no respondió y observó que las componentes del Orient Ballet permanecían también a la expectativa, esperando ver su salto.

Savage se echó hacia atrás para tomar carrerilla, pues no deseaba realizar un salto de estática, es decir, quedándose quieto al borde de la plancha de madera del trampolín para luego dejarse caer.

Se llenó los pulmones de aire, se mentalizó, podría decirse que alcanzó el *satori* en aquellos momentos, algo difícil o casi imposible de alcanzar por un occidental, y corrió hacia el final de la plancha de madera.

Saltó al aire y hacia arriba, extendiendo su brazo como si estuviera en un combate de Tae Kwon Do. Lanzó su *kiai* para vencer a los elementos, al aire y al agua, a la gravedad que habría de atraerle hacia abajo.

Aquel *kiai* se expandió en torno suyo proyectándose en el espacio como las ondas que produce una piedra al caer sobre el agua quieta, arremansada.

Contra lo que era habitual en los budokas, el *kiai* de Savage era

silencioso. Sin embargo, a todos se les erizó el vello del cuerpo y quedaron en suspenso, lo mismo quienes estaban en la piscina que los que se hallaban al otro lado de los cristales en el salón-estar.

Ya en el aire, más alto que el propio trampolín y durante la caída, hizo tres posturas de Tae Kwon Do como si estuviera efectuando unas *katas* sobre un *tatami,* sin ninguna clase de peligro.

Proyectaba sus manos en *tegatana* y sus pies en *ashigatana* como si realmente estuviera rodeado de enemigos.

Cuando todos creían que iba a caer de espaldas contra el agua, partiéndose el espinazo en el violentísimo golpe que forzosamente iba a recibir, sucedió lo inesperado. Como si fuera un medidor de distancias, giró sobre sí mismo, se enroscó primero y desplegó después.

Desapareció bajo la superficie del agua sin salpicar lo más mínimo y cuando los presentes se recobraron de su estupor, se produjo un aplauso espontáneo premiando la inesperada y arriesgada exhibición de dominio de un cuerpo.

Todos aguardaron a que saliera de debajo del agua, pero M. P. Savage nadó sumergido. Pasó por debajo de la plataforma flotante y emergió al otro lado de la misma. Había aguantado bajo el agua lo increíble, quedando patente que no era fácil igualarle en facultades físicas.

Jennie nadó hacia él con elasticidad y buen estilo en braza. Había querido sorprender y había sido ampliamente sorprendida.

— ¿No has tenido miedo de darte el castañazo? —preguntó la chica, cogiéndose a la plataforma flotante para descansar sobre ella.

Las seis danzarinas orientales estaban ahora quietas, exponiendo sus cuerpos al sol.

—No.

— ¿Siempre resultas tan espectacular?

—No, claro que no, pero en ocasiones, uno hace el payaso para llamar la atención.

— ¿El payaso? Lo que has hecho no es hacer el payaso, sino demostrar lo que puedes hacer, algo inigualable. Ninguno de los chicos fantasmones, bien cuidados, comidos y musculosos que vienen por el club, es capaz de repetir lo que tú has hecho.

—Lo hace porque es un budoka —puntualizó una voz, cerca de ellos.

Ambos alzaron la mirada y se encontraron con la figura de Moon, la bella okinawense jefe del grupo del Orient Ballet.

— ¿Budoka, que practica Judo y Karate? —preguntó Jennie.

—Savage practica Judo, Karate, Tae Kwon Do, Kung-Fu, Kendo, Bo-Jotsu, Kyudo, Aikido, Mushindo... ¿Me olvido de algo, Savage? —preguntó Moon, algo sarcástica, mientras las otras muchachas orientales, tumbadas sobre la plataforma flotante, le observaban de reojo.

Jennie no sabía de lo que podían ser capaces aquellas seis chicas.

—Parece que te conoce bien —dijo.

—Pues yo no tengo el gusto de conocerla a ella.

—Yo sí he visto alguna fotografía tuya. No participas en competiciones oficiales, pero he oído hablar de ti en el gran Kodokan de Tokyo, en Kyoto y en *dojos* de París, de Nueva York y San Francisco. Eres muy famoso, Star-Budoka.

—No es ésa mi pretensión.

—Ya, tu pretensión es hacer reportajes de impacto, de escándalo.

—Si tú lo dices... ¿Cómo te llamas?

—Moon.

—Por tu acento, yo diría que eres de Okinawa. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas.

— ¿Es japonesa? —preguntó Jennie quitándose las gotas de agua que enturbiaban su visión.

—No, soy de Okinawa —remachó.

—Pero Okinawa es del Japón —puntualizó Jennie.

Savage explicó someramente:

—Los okinawenses, que tienen el prurito de ser diferentes, pertenecen al Japón, aunque anden sometidos por las bases norteamericanas. Los okinawenses son más fuertes y altos que el resto de los japoneses, tienen influencia del continente y ellos fueron los que, realmente, inventaron las Artes Marciales orientales a manos limpias, como el Jiu-Jitsu y el Karate. El imperio japonés, tras ocupar Okinawa en 1609, les prohibió tener armas porque los okinawenses, buscando siempre su propia independencia, podían resultar muy peligrosos; pero ellos, aunque desarmados y gracias a las influencias chinas, aprendieron a utilizar las manos y los pies como nadie supo hacerlo antes.

—Estáis hablando de un mundo desconocido para mí. ¿Todas sois okinawenses?

—No —dijo Savage, antes de que respondiera la propia Moon.

—Savage tiene razón, todas no somos de la misma raza, aunque tengamos los ojos oblicuos.

—La de piel más olivácea parece tailandesa; la más pequeña diría que es vietnamita. Dos son chinas, de raza shangai, y la última parece coreana.

—Perfecto —admitió Moon, sonriendo—. Para verlas tal como están, tendidas, demuestras tener buen ojo, Savage. No se quedaron cortos los que me contaron cosas de ti.

— ¡Vaya con Savage; eres una caja de sorpresas! —rezongó Jennie—. ¿Quién hubiera supuesto que recibiríamos la visita de un espécimen como tú en un club tan exclusivista que, para que pase por la entrada un extraño, le colocan el detector Geiger para saber si es de buena calidad o no?

—Para una mujer occidental, Savage reserva muchas sorpresas —dijo Moon.

Jennie, un tanto molesta por la arrogancia y los aires de

superioridad que se gastaba la okinawense, replicó:

—Las mismas que para una oriental, supongo.

—No es lo mismo. Una oriental sabe mucho de lo que puede esperar de Savage.

—Parece que todavía tienes muchos secretos por descubrir, Savage —observó ahora Jennie entre socarrona y molesta, pues tenía la impresión de que la mujer oriental la estaba desplazando.

Savage trepó a lo alto de la plataforma flotante y ayudó a Jennie a sentarse en el borde, dejando las piernas colgando dentro del agua.

—Sois todas budokas, ¿verdad? —inquirió Savage, paseando sus pupilas verde brillante por los esbeltos cuerpos de las seis muchachas orientales.

En vez de responder, Moon preguntó:

— ¿Por qué no nos haces una demostración de tus técnicas de budoka?

—No he venido a este club para hacer exhibiciones; he venido a visitar al ex senador McSide.

Moon no parecía dispuesta a perder la ocasión y, sin más, atacó con un *shuto uchi.* Levantó su mano derecha por detrás de su oreja y la blandió en un barrido semicircular, con un movimiento rápido de látigo.

Jennie no tuvo tiempo de darse cuenta de lo que ocurría, pero M. P. Savage sí, y se agachó para esquivar el golpe que sólo pudo peinarle el cabello. Como esperaba el segundo golpe, se hizo a un lado cuando Moon le aplicaba una patada látigo frontal al vientre, una *mae-geri* que le hubiera enviado al agua con más dolores de los que cabía desear.

Ante aquel ataque con técnicas de Karate, Savage reaccionó en defensa. Tomó el pie de Moon, todavía en el aire, lanzándolo hacia arriba.

Otra se hubiera dado de cabeza contra la plataforma, pero Moon, no; supo dar una voltereta completa sobre sí misma, cayendo de nuevo en pie y en posición defensiva que pasó a ofensiva.

— *¡Kiai!*

Moon se lanzó contra él proyectando *atemis.* Algunos eran para desviar la atención mientras otros golpes buscaban puntos concretos. Savage desviaba los impactos con manos y brazos y moviéndose en círculos con técnica china.

Las otras muchachas se habían hecho a un lado para no estorbar la pelea, pero se daban cuenta de que Moon, con toda su experiencia, con toda su técnica, no lograba asestar el golpe definitivo que venciera a Savage, el cual se mantenía en defensa sin ataque porque no deseaba aplicarle ningún *atemi* contundente a la okinawense, aunque, por otra parte, sabía bien que aquello no iba a ser nada fácil.

— *¡Kiaiiii!*

Moon se lanzó de nuevo, deseosa de aplicarle el terrible *yama zuki,* el doble puñetazo en U, dirigido al cuello o a la sien, por arriba, y al vientre o escroto, por abajo.

Jingo, la muchacha coreana, quiso ayudar a Moon y desde el

suelo proyectó sus pies alcanzando los tobillos de Savage. Le hizo tambalear, impidiendo que esta vez Savage rehuyera el golpe.

Jennie apretó los dientes con fuerza. Moon no acertó de lleno a Savage, pero sí en parte. Este, por primera vez, actuó con una presa de Judo mientras aguantaba el dolor.

Moon, que no esperaba la *Seoi-Nage,* salió despedida por encima del cuerpo de Savage que la lanzó fuera de la plataforma con la llave de hombros. La mujer cayó al agua.

Las otras cinco muchachas se pusieron en pie con una actitud claramente amenazadora hacia Savage. Este les dio una ojeada; eran chicas muy bellas, pero peligrosísimas, estaba seguro de ello, y eran cinco.

—Savage, ¿estás bien? —preguntó Jennie.

— ¡Al agua, chicas! —ordenó Moon con voz seca y durísima.

Una vez más, las cinco budokas miraron a Savage desafiantes, pero obedecieron y se arrojaron de cabeza a la piscina. Moon comenzó a nadar hacia el borde y las demás la siguieron.

—Es muy violenta esa japonesa.

—A ella no le gusta que la llamen japonesa, prefiere ser okinawense, pero es lo mismo. Todas ellas son muy peligrosas, Jennie, más de lo que supones.

— ¿Por qué deseaba vencerte con tanto empeño?

—Algún día lo sabremos; por ahora, parecía tener deseos de demostrar que ella era la mejor.

—Pero, frente a un hombre, una mujer poco tiene que hacer.

—En eso te equivocas, Jennie. Si es una budoka como Moon o las otras chicas que van con ella, y no una practicante de Artes Marciales como esas que aparecen en las revistas del corazón o salen de gimnasios de lujo, te aseguro que se cargan con suma facilidad a un par de esos vigilantes que tenéis en el club, por muchos cien kilos que pesen cada uno de ellos.

— ¿Quieres decir?

Sin responder, Savage pasó una mano por su cuello y la otra por el vientre. Había escapado al temible *yama zuki* por muy poco, pero estaba algo dolorido.

—No tengo deseos de hablar ahora con McSide y me gustaría ir a comer a algún lugar fuera de aquí. ¿Quieres ser mi guía?

—Sí, ¿por qué no? Una vez que se encuentra una con alguien tan especial, no hay que dejarlo escapar. Nos encontraremos a la salida. ¿Qué coche llevas?

—Un «Porsche 924» color amarillo limón.

—Allí te encuentro.

Jennie se lanzó al agua y Savage se zambulló tras ella para ganar la orilla de la espectacular y lujosa piscina de El Refugio, Club-Private.

CAPITULO IV

El camión era de caja cerrada, con cuatro grandes ruedas y apto para rodar por los peores caminos. Estaba pintado de color ocre sucio, de tal forma, que en aquellos parajes de la frontera californiana no resultaba fácil verlo a distancia. No destacaba en el horizonte, se confundía con la tierra y las piedras.

Desde el interior no veían el exterior, lo mismo que desde afuera nadie podía ver a los viajeros que se apiñaban dentro.

Un extractor que producía un zumbido monótono sacaba el aire viciado que exhalaban las personas que eran transportadas clandestinamente hacia sus lugares de trabajo mientras el aire renovado entraba por la ventanilla que les comunicaba con la cabina del conductor que, a su vez, llevaba las ventanillas abiertas. En ella, conduciendo alternativamente, viajaban dos hombres. Uno era mexicano y el otro, una mezcla de mexicano y gringo.

El camión daba muchos botes por aquellas pésimas carreteras que nadie utilizaba. Evitaban todos los controles policiales y viajaban de noche. Los dos chóferes debían conocer bien la ruta, puesto que para ellos era habitual recorrerla con aquellos cargamentos humanos clandestinos.

Los mexicanos temporeros contratados legalmente con carta de trabajo, es decir, con todas las bendiciones y permisos, llegaban por las carreteras buenas y cobraban muy por encima de los clandestinos,

pero la carta de trabajo temporal para las recolecciones tenía controles muy estrictos y era prácticamente inalcanzable para muchos que la deseaban y rechazada por parte de los latifundistas plantadores, que preferían pagar más barata la hora-salario.

— ¿Te encuentras bien, Chelo? —preguntó a su lado Jorge Gonzálvez, que también había decidido enrolarse como trabajador clandestino para ver en qué forma podía ayudar a sus compatriotas, puesto que él no necesitaba aquella plata que iba a ganar sudando sobre la tierra de los gringos.

Lo mismo Chelo que Jorge, habían utilizado amistades de Dino para hacerse pasar por trabajadores temporeros y allí estaban, viajando en el infernal vehículo en dirección a las plantaciones de los gringos.

Al igual que las otras personas que viajaban en el camión, una treintena entre hombres y mujeres, ellos eran camisas sudadas.

El largo viaje estaba resultando demoledor, duraba ya horas y aún podían estar contentos de no haber caído bajo los rigores del sol, pues encerrados en la caja del camión, el ambiente habría sido inaguantable.

Chelo se había acomodado de una forma extraña para Jorge y pese a los brincos que daba el vehículo, se había evadido del ambiente que la rodeaba para sumirse en una profunda meditación empleando técnicas adquiridas en Liberty Carden, donde tantas y tantas cosas habían aprendido sobre la cultura oriental.

Amanecía. El camión se detuvo media hora para que pudieran estirar las piernas y liberarse de las necesidades físicas más perentorias. Les repartieron bocadillos y «Coca-cola».

Reanudaron la marcha y tres horas más tarde rodaban por una carretera en mejor estado, lejos de los controles de frontera que habían quedado muchas millas atrás.

Al fin, llegaron a una área de barracones situados junto a un canal y ocultos de miradas indiscretas por unas alamedas que

actuaban como pantalla. Pese a ello los barracones estaban pintados en forma de camuflaje, es decir, manchados en distintos tonos de verde.

En el ambiente había olor a comida, a papas hervidas con col o algo por el estilo. Tres perros salieron a ladrarles, hostiles. Los barracones semejaban vacíos, pues nadie asomó a ellos.

— ¡Abajo, hemos llegado! Hoy tenéis el día libre para descansar, mañana empezaréis a trabajar. Es posible que, dentro de un tato, vengan los capataces. Aquí hay varias plantaciones y seréis distribuidos, aunque viviréis todos aquí. Cada mañana llegarán unos camiones que os llevarán a los puntos de trabajo. Allí se os dará comida al mediodía y por la noche, los camiones os regresarán aquí para que descanséis. Ninguno de vosotros puede marcharse, por su cuenta, de este lugar. Si os coge la policía os darán una paliza y os llevarán al otro fado de la frontera. Seréis expulsados de Estados Unidos, de este país que os va a dar plata para que la llevéis a vuestra tierra. Los que sean expulsados por el Departamento de Inmigración ya no volverán a ser contratados por nosotros porque se les considerará peligrosos, de modo que si os portáis bien, todo marchará bien. ¡Ah!, cobraréis al final de la temporada. Así, sin dinero en vuestros bolsillos, tendréis menos tentaciones para viajar a los pueblos vecinos. Por cierto, el que sea expulsado se quedará sin un centavo, lo pierde todo, porque el pago se abonará al final del contrato, que dura tres meses. Aquí, después de todo, no os faltará nada. De vez en cuando aparecerán compatriotas vuestros con sus coches que sí tienen todos sus papeles en regla. Si queréis comprar algo, os será fácil poneros de acuerdo con ellos.

—Pero ¿cómo podremos comprar si no tenemos plata? —inquirió uno de los inmigrantes llevados allí en el camión.

—Con vales que os daremos nosotros; nada de dinero, sólo vales, así no seréis engañados. A la hora del pago se os descontará lo que sumen los vales. Cuanto menos gastéis, menos se os restará. Los vales

los tendrá el vigilante de turno que andará siempre por aquí. Ahora, si necesitáis preguntar algo…

Uno de los mexicanos alzó la mano para inquirir:

— ¿A cuánto nos van a pagar la hora?

— ¿No lo sabes? Lo de siempre.

—Lo de siempre es de hace muchos años y la vida está muy dura en todas partes.

—Un dólar la hora y es mucho, demasiado para el trabajo que hacéis.

— ¡Es poco! —insistió el que había hablado.

—Si no te gusta, coges tu hatillo y ya puedes largarte. Echa a andar en dirección sur y dentro de unos días llegarás a la frontera. No llevas papeles legales aquí en Estados Unidos, pero si sabes moverte como un conejo es posible que llegues sin que pruebes el garrote. ¡Anda, largo!

—Está bien, un dólar la hora —admitió, entre dientes, sin otra opción.

—Perfecto. Esta es la primera y la última vez que os quejáis sin que se os tome en cuenta. La próxima vez, el que lo haga se va a marchar por su cuenta Aquí os protegemos, os pagamos, os damos trabajo, comida y dormitorios, y hasta un médico por si os encontráis mal.

El grupo quedó un poco desconcertado, aún no se les había destinado barracón. Los que les habían llevado debieron telefonear a alguna parte, porque dos horas después llegaron unos *jeeps* en los que viajaban los capataces de los distintos ranchos, hombres con sombreros téjanos de tela ligera o gorras con visera. Todos ellos utilizaban gafas de sol oscuras, como si éstas formaran parte de un uniforme.

Descendieron de los *jeeps* y sacaron sus blocs mientras el mexicano y el gringo que les habían conducido hasta allí, ordenaban:

— ¡Vamos, en fila, que se os pueda ver!

Los capataces hablaron entre ellos, discutiendo, al parecer, sobre las necesidades de personal que tenían cada uno de ellos.

Uno de los capataces, el más alto, rudo y bravucón por su forma de tratar a los demás, dio una ojeada a los trabajadores llegados clandestinamente, fijándose en Chelo de forma especial.

—Tú, ¿cómo te llamas?

—Chelo.

—Chelo, ¿qué más?

—Chelo Vargas.

—Bien, Chelo. —El capataz Thompson apuntó su nombre—. Tú te vienes para la plantación Dow.

—Vamos juntos —advirtió Jorge Gonzálvez.

El capataz se detuvo, se lo miro, y sonrió sarcástico.

—Juntos, ¿adónde?

—A trabajar.

— ¿Y a la cama?

—No le consiento, por muy gringo que sea...

Gonzálvez saltó hacia atrás del puñetazo que le propinó Thompson.

—Aquí no queremos bocazas —advirtió Thompson.

Hubo un movimiento de intento de agresión por parte de los mexicanos, pero los capataces sacaron pequeñas porras de sus cinturones. El que los había traído se interpuso, voceando:

— ¡Aquí no ha pasado nada! Al que busca camorra se le tapa la boca y asunto terminado. Se os ha traído para que trabajéis, no para que habléis.

—Tú —indicó Thompson señalando a otro—, ¿cómo te llamas?

Siguieron diciendo nombres. El más maduro de los plantadores se encaró con Jorge, que tenía la boca sangrante, y le dijo:

—Tú te vienes conmigo. Tienes las manos cuidadas y supongo que sabes más que los otros; me refiero a que eres más culto... ¿Me equivoco?

—He venido acá a trabajar y veo que no se me trata como es debido.

—Si abres la boca en demasía, sólo recibirás golpes, muchos golpes, muchacho, así están aquí las cosas... Sois clandestinos, la policía puede presentarse en cualquier momento y llevaros a todos. Eso es un peligro

para vosotros, que perderíais el dinero ganado, la posibilidad de ganar más, y también un peligro para nosotros que ahora tenemos que recolectar el tomate.

Los capataces se fueron repartiendo a los inmigrantes que trabajaban a bajo costo precisamente por ser clandestinos. Estaban muy lejos de cobrar lo que percibiría un bracero californiano, un chicano afincado en Los Ángeles o los mexicanos autorizados por una carta de trabajo personal, en Estados Unidos, para luego regresar a su patria. Los que estaban allí de pie eran los verdaderos camisas sudadas, los más explotados, los que trabajaban bajo el imperio del miedo, los que más necesitaban el dinero y, tristemente, los que al final cobraban menos.

CAPITULO V

—Este coche tuyo es muy bonito, tiene una buena línea y es fácil de llevar. Corre bien, me gusta.

—A mí también —asintió M. P. Savage que manejaba el volante.

— ¿Me lo dejas conducir para probar?

—No.

— ¿Eres un machista que piensas que las mujeres no sabemos conducir?

—No.

—Entonces, ¿por qué no me lo dejas? Bueno, pues le pediré a mi padre que me compre otro igual.

—Comprendo. Tu papá ahorra ocho dólares pagando mal a quien suda todo el día trabajando de sol a sol y luego suelta cincuenta o sesenta mil para que su niña mimada quede satisfecha.

— ¿Ya empiezas a atacar a mi padre?

— ¿Te parece mal lo que he dicho?

—Mi padre es un hombre honesto que paga a sus empleados los salarios que debe y si puede costear mis caprichos es porque es muy listo y sabe vender bien sus cosechas.

— ¡Ya, tu padre es muy listo!; lástima que los listos casi siempre lo son a costa de explotar a otros.

—Si sigues así, paras el coche y me apeo.

Savage pisó el freno, quitó la marcha y dijo:

—Puedes hacerlo si lo deseas, yo no te retengo.

Jennie Dow, dubitativa, miró en derredor. Había plantaciones, pero todo se veía vacío de gente y no pasaba nadie por aquella carretera. Suspiró muy fuerte, de forma ostensible.

—Está bien, tú ganas, pero ¿por qué discutimos?

—Porque tú me has pedido que te dejara el coche.

— ¿Y por qué no me complaces; eres antifeminista?

—No, pero estoy seguro de que si tú has conducido coches ha sido modelos con cambio de marchas automático. Este es manual y hay una diferencia sustanciosa.

— ¡Bah, no será tanto!

—De acuerdo. Si se te cala, lo dejas y sigo conduciendo yo. ¿De acuerdo?

—Hecho.

Savage se apeó, rodeó el «Porsche» y subió al lado opuesto, pues Jennie ya se había situado frente al volante.

—Bien, bien, ahora, para ponerlo en marcha, hay que pisar el pedal de la izquierda, ¿verdad?

—El embrague, hay que pisar el embrague. Metes la primera, colocas el pie derecho en el acelerador y al tiempo que le das gas suavemente, vas soltando el embrague que es el pedal izquierdo.

Jennie comenzó a mover sus pies y colocó la marcha como mejor supo. El «Porsche 924» rugió, dio un salto hacia delante y se metió en un cultivo. El motor se paró bruscamente con gran susto por parte de Jennie.

La muchacha, que en principio se había asustado, agarrándose al volante con mucha fuerza para evitar ser lanzada contra el parabrisas, se echó a reír.

—Tienes razón, no sé conducir con marchas. Es más práctico el cambio automático.

—Es más práctico, es cierto, pero el coche rinde más y mejor controlado manualmente, si el chófer es bueno.

— ¿Tú crees?

—Pon un cambio automático a un campeón de Fórmula-1 y verás qué te dice. Anda, volvamos a cambiar de asiento.

Jennie pasó por encima del cambio de marchas sentándose materialmente encima de Savage. Le rodeó el cuello con sus brazos tibios y que olían a lavanda.

—No te voy a preguntar a cuántas mujeres has conocido, porque me asustaría.

— ¿Tú crees? —inquirió con una media sonrisa.

—Eres un hombre que tiene eso tan especial que atrae a las mujeres. ¿O prefieres que diga hembras?

—La calificación puedes darla tú misma y, la verdad, tampoco creo que seas una ingenua.

— ¿Insinúas que me he acostado con algún hombre? —preguntó con picardía.

—Yo no te he preguntado.

— ¿Y te importaría?

—En absoluto.

— ¿Porque eres muy liberal en estos asuntos o porque yo no te gusto?

—Porque soy liberal; tú sí me gustas.

Ella le desabrochó la camisa botón a botón y metió sus dedos entre el vello masculino, arañándole ligeramente. Le buscó los labios con su boca, le mordisqueó y luego se rió, preguntando:

— ¿Sabes qué pasaría si mi padre nos descubriera?

—No lo sé. ¿Se enfada porque su hija se divierta o, simplemente, se molesta?

—Eres un cínico, Savage, un cínico —aseveró, sin esperar respuesta—. Te sientes tan seguro de ti mismo, que no tienes miedo a nada ni a nadie.

—Jennie, estate tranquila.

— ¿Por qué? —preguntó ella, que seguía sentada sobre él y con

sus dedos acariciaba el tórax del hombre, y cuanto caía bajo las yemas de sus dedos y que tenía el calor vital de Savage.

—No quiero hacerte daño, Jennie.

— ¿Daño a mí? —preguntó asombrada.

—Sí. Podría seguir el juego del amor, sería fácil dejarse arrastrar por él. Eres joven, bonita, atractiva y pareces sincera. Sería muy fácil, pero después...

— ¿Qué?

—Te lo diré con claridad, Jennie, le voy a hacer daño a tu padre.

— ¿A mi padre? —Se echó hacia atrás, de modo que irguió su busto. Delante de los labios del hombre quedaron las dos turgencias femeninas bien simétricas y llenas, de pezones punzantes, unos senos sin sujetador porque no les hacía ninguna falta.

—No sólo a tu padre, sino también a los demás plantadores. Voy a hacer un reportaje sobre la explotación de los trabajadores mexicanos clandestinos, cuando los organismos correspondientes podrían ser presionados para que este peonaje temporero pasara, de forma reglamentaria, a trabajar, para ganarse unos dólares ayudando a los plantadores porque unos son necesarios a los otros. Claro que tu padre y los demás, prefieren que sean clandestinos, pues así les salen mucho más baratos y son peor tratados.

—No lo harás. Mi padre no es malo, es la vida en las plantaciones siempre ha sido dura. Tú no puedes atacarle y si lo haces, no conseguirás nada.

—Pues lo haré. Esos salarios ínfimos que paga, los mantiene a base de palizas, de huesos rotos, de seres humanos que quedan inválidos o son asesinados.

— ¡Eso no es cierto y tú no puedes calumniar a mi padre! Si lo haces, caerá sobre ti todo el peso de la ley.

—Ya te he dicho que te molestarías. No quiero abusar de ti, no quiero que luego me reproches que te he utilizado para mi conveniencia.

—Pero ¿qué te dan a ti, esos mexicanos?

— ¿Darme? ¿Crees que en este mundo todo se hace esperando algo a cambio? Te iría bien pasar una temporada en Liberty Garden... Mira, Jennie, me gustaría no dañarte con lo que he venido a hacer en este valle agrícola de California; de este modo podría corresponder libremente a tu amor.

—Ya, y luego te largas, ¿no?

Ella trató de soltarse, pero él la sujetó ahora por la cintura.

—Hay mucha gente que necesita a alguien que les ayude porque los problemas los aplastan, los asfixian, los matan.

— ¿Y tú eres el guapo salvador de todos? —rezongó, hiriente e irónica.

—No. Hay otros como yo, y no todos luchamos de la misma forma. Hay sacerdotes-obreros, gente que utiliza la no violencia para llamar la atención. Otros están en los parlamentos chillando, las justicias hacen su labor y algunos periodistas meten el dedo en la llaga. Si yo tuviera que hacer algo importante, creo que no seguiría adelante porque sólo soy un hombre y un hombre solo puede hacer muy poco en esta sociedad, corrompida desde el momento en que el hombre aprendió a explotar a otro hombre para enriquecerse.

—Si eres tan modestito, ¿por qué sigues adelante?

—Porque hay un Liberty Garden, un lugar donde se forman muchachos y muchachas de tu edad, de diferentes razas y nacionalidades, de distintas creencias religiosas, que viven unidos sin antagonismos. Ellos sí lucharán adecuadamente. Yo me encargo de que Liberty Garden, una especie de escuela o universidad de budokas, siga adelante y ante ellos he de dar ejemplo de cómo denunciar hechos criminales de las más variadas especies porque el hombre, cuando se trata de eludir la justicia, de enriquecerse a costa del prójimo, robar y asesinar, tiene mucha imaginación y termina apelando a los más increíbles recursos para conseguirlo. Pensarás que te estoy soltando un rollo, que tú vives muy bien, sin saber nada de

todo esto. Supongo que no te has detenido a pensar, jamás, que tu padre puede estar aprovechándose del sudor y la sangre de otros seres para darte a ti los caprichos de que disfrutas.

—Me crees una estúpida, ¿verdad?

—No, no es eso. Como tú están muchos hijos de millonarios a los cuales nadie les explica de dónde salen, exactamente, los dólares que dilapidan en estupideces. Se llenan la boca diciendo «mi padre es muy listo y tiene muchos negocios que le van muy bien».

— ¿Todos los negocios son robos y explotaciones?

—No.

—Entonces, ¿por qué el de mi padre sí?

—Porque de su negocio ya tengo datos. Si quieres que te muestre a un muchacho que está viendo pasar los meses dentro de un molde de yeso o prefieres ayudarme a buscar desaparecidos, y no creas que te estoy hablando de accidentes de trabajo…

— ¡Basta, basta, basta!

Jennie clavó sus uñas sobre las tetillas de Savage. El no se quejó, aguantó mientras ella no podía contener sus sollozos, las lágrimas que no resbalaron por sus mejillas, sino que saltaron en el aire.

Savage la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí. Ella sollozaba convulsivamente pero sin decir nada, desconsolada. Savage comenzó a abrirle el vestido que se abotonaba por la espalda. Después del baño, Jennie no se había puesto más ropa debajo del vestido que las panties.

Savage extendió sus habilidosos dedos y acarició sabiamente la espalda femenina. Jennie comenzó a estremecerse, sin pretender escapar, y el sollozo fue transformándose en suspiros de placer cada vez más alargados y profundos.

Nadie les veía. El «Porsche 924» seguía medio salido de la carretera, con parte de las ruedas dentro de unos cultivos de tomates.

—No pares, no pares, más, más… —runruneó ella cerrando los ojos ante aquel placer, desconocido hasta aquel momento.

Moses Pacific Savage sabía muy bien lo que hacía.

CAPITULO VI

Aquellos tomates no eran de forma de pera, de los que podían recoger bien los aperos agrícolas motorizados. Eran tomates redondos, muy rojos y de gran calidad, más caros que los de otras especies. Por ello, y para que no se estropearan, eran recogidos a mano y, luego, depositados con mimo en las cestas altas que mexicanos varones cargaban sobre sus espaldas u hombros, hasta el camino donde aguardaba el tractor con remolque que se iba llenando. Después, el remolque llevaba los tomates a la carretera donde esperaban camiones de gran tonelaje que iban llenando sus cajas con aire acondicionado.

Las manos que arrancaban los seleccionados tomates de sus matas eran femeninas, manos que cobraban también a dólar la hora por un trabajo intensivo.

Sólo tenían una hora de descanso para comer al mediodía y media hora para desayunar, hora y media en total que les era descontada, pues sólo se contabilizaban las horas que realmente sudaban bajo el sol.

Chelo había aprendido rápidamente aquel trabajo que, en realidad, poco tenía de complicado y que resultaba monótono a base de horas y horas haciendo lo mismo.

Su compañero recogió la cesta cargándosela a la espalda. Chelo quiso ayudarle.

—Tú ya tienes que hacer, Chelo —le dijo él, alejándose entre los

tomatales.

Chelo había observado cómo sus compatriotas trabajaban por aquel salario mísero, que reunían día a día para poder regresar a sus pueblos escasos de recursos y allí seguir viviendo.

Empezó a llenar otro cesto con sus manos cuidadosas. Los tomates del valle no se hacían madurar artificialmente metiéndolos en cajas, dejando pasar unos días o aumentando la temperatura; los tomates del valle maduraban en las propias matas, lo que les hacía mejores y más sabrosos.

Por ese motivo había que tratarlos con mayor cuidado, pues dejarlos caer o simplemente tirarlos al cesto significaba estropearlos.

Chelo, por amor al trabajo siempre bien hecho, y al fruto en sí mismo como obra bien conseguida, depositaba los tomates dentro del cesto cuando se dio cuenta de que se le acercaba alguien, alguien que no caminaba cuidadosamente, alguien pesado.

— ¡Ah!; tú eres Chelo, ¿verdad?

—Sí —asintió ella, sin dejar de recoger los rojos frutos.

Thompson se acercó al cesto y dio una ojeada a los tomates que había en su interior. Cogió uno entre sus dedos y comentó:

—Calidad inmejorable.

—Sí, señor, parecen buenos.

—Y lo son, tomates Dow. ¡Anda, coge la cesta y sígueme!

— ¿Ahora?

—Claro. ¿Has olvidado que soy el capataz?

Chelo miró a su alrededor. Sólo había altas tomateras sostenidas con cañas. En realidad, nadie les veía; quizá sí podrían ver a Thompson porque era de elevada estatura y llevaba sombrero tejano.

— ¿Qué, pesa; no puedes con él?

—Sí, sí que puedo.

—Pues andando, sígueme.

—Pero cuando vuelva mi compañero y no me encuentre…

—Tú haz lo que te digo, ¡vamos!

—Sí, señor.

Chelo cogió la cesta que estaba por la mitad y se la cargó sobre la cabeza. Era una forma de que la vieran a distancia. No se fiaba lo más mínimo del capataz Thompson, un tipo déspota y engreído, que disfrutaba golpeando.

Salieron de los cultivos de tomate y pasaron a otros de remolacha. Thompson no dejaba de caminar y la muchacha, cargada, le seguía en silencio.

Cruzaron el campo de remolachas y se internaron entre manzanos. Chelo no se cansaba con facilidad, tenía una preparación excepcional con la que no contaba el capataz.

Al fin, Thompson se detuvo frente a una gran alberca de regadío en la que entraba agua por una canalización y salía por varios caños que succionaban el agua con motobombas para el riego, por aspersión, de los árboles frutales.

— ¿Qué, estás cansada?

— ¿He de estarlo?

—Eres arrogante, ¿eh? Descansa, descansa, puedes bajar el cesto. Eres una chica que vale, ya me he dado cuenta. Hace días que te vigilo y trabajas bien, pero me han contado que haces demasiadas preguntas.

—Me gusta hablar.

—Conque te gusta hablar, ¿eh? —Sonrió sarcástico y cínico a la vez. Aquel hombre debía doblar el peso de Chelo.

—No sabía que estuviera prohibido hablar con los compañeros.

—Tanto como hablar, no, pero hacer demasiadas preguntas siempre es peligroso. No me gustaría que te sucediera nada malo. Eres algo pequeña de estatura, pero muy bonita y esbelta. Pareces fuerte, no te cansas con facilidad como otras.

— ¿Debo darle las gracias? —preguntó Chelo altiva, sin sumisión.

—Haz lo que quieras. Ahora, desnúdate.

— ¿Yo, por qué?

—Porque te lo mando yo, tu capataz.

—He venido a trabajar en el campo, no a hacer de prostituta.

— ¡Vaya, me has salido estrecha!, ¿eh? Eso tiene fácil arreglo; al final será todo como yo diga, como siempre.

— ¿A todas les hace lo mismo?

—Yo no desperdicio ningún placer, claro que hay algunas que no merecen que se les haga un favor. Tú sí, eres hermosa y tienes algo muy especial que me atrae. Eres arrogante y así será más divertido. Las otras lloriquean un poco y luego ya no hay resistencia. Como saben que nada pueden evitar, se resignan.

— ¿Y si no se resignan?

—Siempre se resignan. Estáis en tierra extranjera y tenéis miedo de recibir unos cuantos tortazos y que se os eche sin cobrar vuestro salario; también de que en la próxima cosecha no podáis subir al camión.

—Comprendo, una auténtica explotación de los débiles.

—Vaya, no habrás leído algún libelo de esos que difunden clandestinamente los que creían en *Che* Guevara, ¿verdad?

En aquel momento, dando saltos, llegó un *jeep* sobre el que iban dos hombres fuertes y jóvenes, capataces de plantaciones vecinas y amigos de Thompson.

—Pues es linda la chica —opinó uno de ellos.

—Ya lo veis, nos podemos divertir. Parece nueva, y estará fuerte para los tres —dijo Thompson.

—Voy a poner un poco de música, así será más divertido —dijo uno de los del *jeep,* conectando un *cassette* en tono bastante alto, del que brotó una música mexicana. Inmediatamente, los dos hombres saltaron del vehículo acercándose a Chelo, de tal forma que cortaban toda escapatoria de la muchacha que tenía la alberca para riego a su espalda.

—Bueno, ya tienes música, puedes empezar a desnudarte

mientras bailas un poco. Será el *strip-tease* camisa sudada.

—Me ha hecho venir para humillarme, para violarme entre los tres, ¿verdad? —silabeó Chelo, achicando los ojos con un temblor de rabia en sus labios, pero sin miedo.

— ¿Y para qué pensabas que te hacía venir? Pero, no te preocupes; te vamos a pagar la hora triple, ¿verdad? Tres dólares cada uno por la diversión. —Y se rió, brutal.

—Saldrá barata —rezongó otro, mientras los tres se acercaban más a Chelo que retrocedía hacia el borde de la alberca repleta de agua que murmuraba mientras el aire se llenaba con la música vibrante, arrancada a guitarras mexicanas.

— ¡Son ustedes unos canallas, unos rufianes!

—La chica es valiente —opinó Thompson, .como si la resistencia de la mujer formara parte de la diversión.

—Bueno, pues ya le quitaremos nosotros la ropa —dijo otro.

Ya al borde de la alberca, Chelo dio un salto hacia atrás y se zambulló, desapareciendo bajo el agua.

Los gringos rieron, la situación les parecía divertida. Esperaron a que Chelo reapareciera y cuando esto sucedió, Thompson dijo:

—Un baño antes de la diversión es mejor, ibas un poco sucia de tierra.

— ¡Cerdo! —le insultó Chelo.

Comenzó a nadar hacia el lado opuesto, pero uno de los hombres corrió hacia el lugar por donde ella pretendía salir, cortándole la escapada.

— ¡Anda sal, sal, que te espero! —le gritó.

Chelo se volvió de espaldas y nadó hacia atrás en busca de otro punto de la alberca para huir, pero allí apareció otro de los hombres. Thompson se situó en otro lugar del borde, de modo que entre los tres la rodeaban.

— ¿Lo ves, preciosa? No tienes escapatoria —le dijo Thompson —. Es mejor que cedas a tu destino, así siempre tendrás trabajo aquí,

¿verdad, amigos?

Chelo se situó, entonces, en el centro de la alberca, boca arriba y dispuesta a mantenerse en el agua con la posición del muerto, lo que le permitiría pasar horas y horas.

— ¡Eh, miradla, parece que no está dispuesta a salir! —dijo uno de ellos.

Los tres, como animales salvajes en celo, anduvieron alrededor de la alberca. Le gritaban obscenidades, la provocaban, pero Chelo se había ensimismado. Ellos no comprendían bien su actitud y lo que era capaz de resistir.

Cuando pasó media hora, el *cassette* se había terminado y ellos ya no reían, se habían puesto de pésimo humor.

—Habrá que sacarla de ahí —gruñó Thompson, resuelto.

Se desnudó para lanzarse al agua, mientras los otros dos se animaban.

Thompson nadó hacia la muchacha. Esta, al notar su proximidad, abandonó su postura de muerto y se encaró con él, seria, pero inexpresiva. Thompson nadó, mientras reía mostrando sus enormes dientes.

— ¡Ya es tuya, no puede huir! —gritaban los otros.

— ¡Ya te tengo! —exclamó Thompson, alargando su mano.

— ¡*Kiaiii!*

Todo fue inesperado para los tres hombres…

La mano femenina, en *tegatana,* salió disparada a flor de agua como si fuera la cabeza de una serpiente. Al tiempo que lanzaba su *kiai,* sorprendiendo al capataz, Chelo le aplicó un *atemi* y la punta de sus dedos dio justo contra la nuez de la garganta de Thompson que se quedó con la boca abierta y los ojos en blanco.

— ¡*Kiaiiii!*

Chelo, consciente de la fuerza y el peso de aquel hombre que la acosaba para atacarla, le aplicó un doble *shutu-uchi.*

Las dos manos, con golpe de cuchillo, impactaron al mismo

tiempo en las sienes de Thompson, quedando su cráneo, durante apenas un segundo, aprisionado por los cantos de las manos de la joven budoka mexicana.

Thompson, *groggy,* se hundió en la alberca.

— ¡Eh, mira, se ahoga, esa mala víbora golpea con técnica de Karate!

El que acababa de hablar se quitó las botas rápidamente para lanzarse al agua y rescatar a Thompson, que no reaparecía.

Chelo no se preocupó de aquellos dos hombres y nadó en dirección opuesta. Agarrándose al borde, salió fuera de la alberca para escapar; pero allí, en unas cuantas zancadas, llegó el tercero de los hombres que la sujetó por un brazo al tiempo que rugía:

— ¡Víbora!

Le dio un puñetazo al rostro, que Chelo no pudo esquivar, cogiéndole parte de la mejilla y el arco superciliar del ojo.

La muchacha sintió la conmoción del terrible golpe y su vista se nubló por unos instantes.

— ¡Ahora verás la que te espera! —masculló aquel tipo; mas iba a llevarse una sorpresa, porque Chelo se recuperó pronto.

— ¡*Kiaiiii!*

Saltando de lado, se libró de la mano que la sujetaba y le aplicó un talonazo en el bajo vientre que hizo rugir al gringo, de dolor.

Chelo no dejó la situación tal como estaba. Mientras aquel indeseable rugía y el otro rescataba del agua a Thompson, le aplicó un *haito-uchi* en la carótida.

— ¡*Kiaiiii!*

La mano dio justo sobre la vena carótida izquierda del gringo que, acusando los golpes durísimos que le aplicaba Chelo, que en principio les había parecido bonita e insignificante, se le doblaron las rodillas.

— ¡*Kiaiiii!*

Chelo voló por el aire y su pie dio justo en la base de la nariz del

hombre, con toda la fuerza de su *Ki* que proyectó la bonita y bien torneada pierna en el contundente *mawashi-geri.*

El sujeto cayó de espaldas, totalmente vencido.

Viendo que Thompson era ya sacado de la alberca, Chelo les dio la espalda y se alejó corriendo entre los árboles mientras su ligero vestido escurría el agua.

Chelo no era ninguna histérica, aunque sabía que había pasado por un dificilísimo momento para su integridad, Estaba muy bien preparada como budoka, en Liberty Garden y había sabido defenderse, pero pensando en tantas y tantas jóvenes que deberían haber pasado por una situación semejante sin poder escapar por falta de preparación, lloró por ellas.

CAPITULO VII

La mansión de Howard Dow era grande y muy lujosa, tendría cerca de los dos mil metros cuadrados construidos bajo techado y tres o cuatro hectáreas de jardines bien cuidados alrededor de la casa en la que abundaban enormes ventanas con cristales de media pulgada de espesor, difíciles de romper, incluso de un balazo.

Para los jardines de su mansión, Dow tenía empleados chicanos con toda la documentación en regla porque allí se les podía ver y, al mismo tiempo, alardeaba de tener asalariados perfectamente legales ante las autoridades que, de vez en cuando, acudían a su mansión para visitarle o asistir a alguna fiesta de las que solía organizar.

Jennie abrió la puerta del despacho de su padre. Este se hallaba tras su gran mesa escritorio cuyo tablero, de tres pulgadas de grosor, era de madera de sequoia en una sola pieza sin uniones, una mesa que podía pesar una tonelada y cuyo valor debía ser cuantioso, sólo apta para millonarios como Howard Dow.

Junto a la mesa, de pie y con el sombrero en la mano, estaba Thompson, el capataz de la plantación. Tenía el rostro pálido y no parecía encontrarse muy bien. En sus sienes y en su cuello aparecían unas líneas azuladas, como de haber recibido golpes contundentes.

— ¡Papá!

— ¿Sí?

—Quiero hablar contigo.

—Ahora, no, Jennie; luego estaré por ti.

La muchacha se acercó al borde de la mesa sin mirar a Thompson, ignorándolo.

—Quiero hablar contigo, ahora; es importante.

— ¿Importante? —Abrió una carpeta de cuero en la que había varios departamentos y sacó su talonario de cheques, preguntando—; ¿Cuán importante es? Di la cifra.

—Papá, ¿es que todo lo vas a arreglar con dinero, extendiendo un cheque?

—Pero ¿qué diablos quieres, ahora? —se exasperó el millonario.

—Hablar contigo, no que me des dinero para taparme la boca y así quedarte tranquilo.

—Te estás poniendo muy pesada, Jennie, ya sabes que nunca te he regateado nada.

—Si quiere, me voy —sugirió Thompson, proveyendo una tormenta entre padre e hija.

—Aguarda fuera, en seguida termino.

Thompson miró a Jennie de reojo, mientras abandonaba la estancia. Aquella chica le gustaba mucho, como mujer, y como hija del patrón y heredera de la plantación, pero jamás se había atrevido a hacer la más mínima insinuación porque sabía que aquello podía costarle el empleo.

Howard Dow no consentiría jamás que su hija se casara con un empleado; buscaría para ella a otro heredero de plantación o, cuando menos, a un industrial distribuidor de productos hortícolas.

Salió del amplio despacho, dejándolos solos.

Howard Dow estaba molesto; así lo evidenciaba su ceño fruncido y su mirada inquisitiva.

—A mí no me regateas nada, pero ¿y a los peones mexicanos?

— ¿Cómo? ¿A qué viene eso ahora?

—Sí, a esos peones mexicanos que tienes en tu plantación. No sólo estás cometiendo un delito al contratar a inmigrantes clandestinos

si no que, además, los explotas en tu propio beneficio para poderte comprar todo este lujo que te rodea mientras ellos viven en barracones con un retrete para cincuenta.

—Aguarda, aguarda... ¿Quién te ha contado todo eso?

—No importa, el hecho es que es así y no puedes negarlo.

—Sí que importa. ¿Quién te ha llenado la cabeza de estupideces?

—Atrévete a negar que eres un explotador de seres humanos que necesitan un salario para vivir.

—Ya me habían advertido que las jóvenes os ponéis tontas de vez en cuando... Es cierto, tengo a peones clandestinos, inmigrados sin carta de trabajo, pero si no fuera por mí, ellos no podrían llevarse mis dólares.

—Si les pagaras lo justo y no los atropellaras, hasta me parecería bien, pese a que son trabajadores clandestinos, pero no es así. Tú no los contratas para ayudarlos, sino porque te resultan más baratos y les impones un salario que ellos no pueden discutirte como podría hacer cualquier bracero compatriota nuestro o los mexicanos que tienen los documentos en regla para trabajar como temporeros; pero claro, éstos no te interesan porque, al ser legales, piden más.

— ¡Basta! Ya me habían contado que te fuiste con ese reportero metomentodo que se llama Savage.

—Sí, Moses Pacific Savage; un hombre que arriesga su vida para descubrir lo que está mal, los abusos y los crímenes y denunciarlos a la opinión pública o a la ley y a la justicia si el delito puede ser condenado.

— ¿Y ahora ha venido a meter las narices en este valle, para que esos camisas sudadas empiecen a removerse y a pedir más?

—No haría falta que lo pidieran si tú fueras justo y les dieras lo mismo que pagas a los trabajadores legalizados, o todos los grandes propietarios unidos hicierais una petición al gobernador para que aumentara el número de trabajadores temporeros, pero en forma

reglamentaria. Así, todos quedaríais contentos.

—No tengo ganas de discutir más contigo, Jennie, y no vuelvas a ver más a ese reportero entrometido. Y el imbécil de McSide hablando bien de él hasta pollos codos...

— ¿Crees que puedes prohibirme que vaya a verlo?

—Si vuelves a verlo, lo van a encontrar hecho pedazos, ¿lo oyes? Hecho pedazos.

Jennie comprendió que su padre no hablaba en vano; sin embargo, ella había salido con el carácter fuerte de su propio padre y replicó;

— ¿Quieres matarlo como a esos mexicanos que hiciste matar para que no pudieran agrupar a todos los peones del valle, y así pedir lo justo por su trabajo?

— ¡Basta, Jennie! ¡Ve a tu cuarto y no salgas de él hasta que te lo diga!

— ¿Howard Dow, dios del valle, es eso lo que te crees?

Howard Dow se había ido poniendo en pie tras la mesa y lanzó una bofetada al rostro de su hija, alcanzándola de una forma durísima. La cabeza de Jennie quedó sacudida primero, y luego roja. La muchacha no lloró, aunque sus ojos brillaron con intensidad. Miró a su padre y, en voz baja, silabeó;

—Nunca antes me habías pegado. Espero que tu conciencia te diga por qué lo has hecho ahora, precisamente.

Dando media vuelta, se alejó con un portazo.

Howard Dow que era un hombre enérgico, duro, luchador, apretó los puños hasta hacer blanquear sus nudillos y también apretó sus dientes grandes, encajados en unas mandíbulas poderosas, de cazador.

— ¡Thompson!

Volvió a abrirse la puerta y apareció el capataz. A juzgar por la forma en que Jennie abandonara el despacho, Thompson dedujo que la borrasca debía ser de grandes consecuencias.

— ¿Qué ha decidido, patrón?

—Saca a los perros y reúne a los vigilantes; iréis de cacería. Es muy raro que una chica mexicana que viene a ganarse un dólar la hora sepa Karate en la forma que me has contado, muy raro, máxime cuando ese Savage es un superclase en las Artes Marciales Orientales.

— ¿De quién habla, patrón?

—De un reportero que se las da de listo y ha venido a jugarme una partida en mi propio terreno, lo que quiere decir que la va a perder sin remedio. Saca los perros y busca a esa Chelo, la quiero viva, ¿entiendes? Viva.

—Es como una fiera, será difícil cogerla.

—No seas estúpido, lleva a los perros y armas con dardos narcotizantes, ¿comprendido? La quiero viva. Va a desembuchar muchas cosas, ya lo creo que sí, pero que nadie os vea y si os ven, decid que andáis detrás de un ladrón que me ha robado. ¿Comprendido?

—Sí, patrón, la traeremos quiera o no; habrá dejado un rastro que los perros encontrarán.

—Pues, andando, empezad ahora mismo. Creía que esto no tenía demasiada importancia y estoy viendo que sí.

CAPITULO VIII

Mientras Moses Pacific Savage saboreaba un vaso grande, mitad naranja natural y mitad limón, también natural, no de zumos artificiales, con una copa de tequila para darle consistencia, sin un gramo de azúcar, en el escenario del Only Rich Park, las danzarinas orientales daban sus evoluciones y fantásticos saltos, aunque algo fríos en el terreno erótico, pese a la desnudez de sus senos y la escasa consistencia de sus panties.

Eran prodigiosas y, al mismo tiempo, muy matemáticas. Cada una de ellas, si daba un salto, caía en el lugar exacto y calculado de antemano. No realizaban las leves ondulaciones de caderas y muslos que las mujeres blancas, mulatas o negras, hacían en revistas o bailes para dar algo de sexy a su actuación.

En la gran sala se vaciaban vasos de whisky y se descorchaban botellas de champaña. Allí, los espectadores siempre parecían divertidos y alegres, quizá porque aquella gente nadaba en dólares, aunque también era posible, en opinión de Savage, que mucha de aquella alegría fuera artificial. Deseaban demostrarse unos a otros que vivían en la opulencia y en la felicidad y terminaban embriagándose, embruteciéndose, hablando a solas y en muchas ocasiones llegaban al insulto soez, rotas las barreras de la hipocresía por la droga del alcohol u otras anfetaminas que se mezclaban entre copa y copa.

—Savage...

Miró a quien le interpelaba y de no tener un perfecto control de sus músculos faciales habría compuesto una mueca de disgusto. Junto a él estaba el ex senador. McSide. Aquel sujeto le caía mal, había sido un mentiroso y un ambicioso, un hombre que había utilizado la política en su propio beneficio, por eso se había dejado comprar antes de ser elegido. Por ello, sus sobornadores le habían apoyado para que saliera elegido, sólo que terminó demostrando que estaba vacío por dentro y que era menos listo de lo que todos habían supuesto.

Al quedar patente este último extremo, se le había dado de lado, comenzando la caída del ex senador.

— ¡Hola, Savage! ¿Puedo sentarme?

— ¡No faltaría más! —respondió Savage que, después de todo, se sentía en deuda con él, pues gracias a ofrecerle el ex senador una posible entrevista había conseguido entrar en El Refugio.

—Le esperaba por mi residencia, Savage.

—La verdad, no he tenido tiempo.

—Es una pena. Le esperaba para contarle grandes cosas que usted podría publicar en su reportaje.

— ¿Y cuáles son esas grandes cosas, McSide? Ahora puede explicármelas.

—Este no es el lugar más adecuado.

—Si habla en voz baja, nadie le va a oír y mientras yo veo cómo bailan esas chicas del Orient Ballet.

—Eran cosas de mi vida pasada —dijo de forma ambigua, mientras con la yema del dedo índice reseguía las letras del anagrama del local, bordadas en la servilleta de grueso algodón.

Allí no se forraban las mesas con manteles de papel, puesto que era un local caro y elegante.

—La verdad, McSide, he estado meditando sobre usted y pienso que a la gente ya no le interesa demasiado su pasado. Si hiciera ese reportaje, no conseguiría venderlo a ninguna agencia de noticias, a ninguna cadena de periódicos, radiodifusora o televisión. Yo no soy un

historiador, soy un reportero que busca los problemas del día, los que estén en carne viva, los que hacen daño cuando tiro de la manta.

—Pues no sé qué podría decirle, ahora —vaciló, decepcionado y fracasado. En su mente había barajado muchas posibilidades sobre el éxito que podía obtener, si Savage lo sacaba en uno de sus reportajes que tanta captación popular tenían.

—McSide, usted ha estado en el Senado, sabe perfectamente cómo funciona la Cámara y sabe muchas cosas de leyes. Podría elaborar una propuesta de soluciones para un problema que se viene arrastrando desde hace tiempo. Usted no es senador, ahora, pero por haberlo sido, sería escuchado y es posible que un senador californiano, aunque sólo fuera para obtener más votos en la próxima campaña, tomara en cuenta lo que usted dijera, y llevara la propuesta a las alturas legislativas. De propuesta podría pasar a proyecto y de proyecto a ley. ¿Qué le parece?

— ¿Y qué podría proponer yo? —vaciló McSide.

—Algo que yo estoy investigando, ahora.

— ¿De qué se trata?

—La explotación de los camisas sudadas.

— ¿El peonaje clandestino?

—Sí. Admito que ellos están fuera de la ley, pero ¿y quienes los contratan, favoreciendo esta situación irregular?

—Eso es muy peligroso, hay demasiados intereses de por medio. No se trata de cien o doscientos inmigrantes clandestinos, son muchos más de los que usted supone.

—Sí, aquí en California, en Nuevo México, en Texas; soy consciente de ello. Yo no pido que un mexicano deba dejar de serlo para convertirse en ciudadano USA, entre otras cosas porque ellos preferirán ser mexicanos por orgullo de raza, aunque, como es lógico, en todas partes hay quien reniega de su tierra. Yo sólo le observo que si los plantadores necesitan a los braceros mexicanos por temporadas, que éstos vengan legalmente, con carta de trabajo temporal. De este

modo no serán clandestinos, ganarán unos salarios justos y no se cometerán verdaderos atropellos.

—Quisiera hacer algo, Savage, pero insisto que es muy peligroso.

—Muy peligroso porque los trabajadores clandestinos son muchos y en vez de pagarles a dos dólares cincuenta la hora, se les paga a uno. Cien trabajadores-día vienen a reportar una ganancia de mil quinientos dólares diarios si son inmigrantes clandestinos y como trabajan por temporadas, docenas y docenas de millares de dólares diarios. Significa un negocio redondo ante el que muchos prefieren cerrar los ojos. ¿Es usted uno de ellos y luego quiere que le respeten como ex senador?

McSide suspiró con fuerza, ruidosamente. Buscó con sus dedos sobre la mesa, como si deseara encontrar un vaso lleno de whisky que llevarse a la garganta.

—He dejado a unos amigos en la otra mesa —dijo.

Se levantó y no fue hacia ninguna otra mesa, sino hacia la salida cuando sonaba el clamor de los aplausos para las muchachas del Orient Ballet.

No tardó en aparecer el *showman* que, haciendo gala de chistoso, presentó a la cantante de turno que salió ya cobijada por el calor de una ovación.

Entre las mesas, sin poderse confundir con ningún camarero, se deslizó una silueta femenina que se detuvo junto a la mesa de Savage. Tomó una silla y se sentó.

. — ¡Hola, Savage!

—Lo haces muy bien, Moon; tú lo haces todo perfecto.

— ¡Gracias! —Se volvió ligeramente y alzó un poco su mano—. ¡Camarero!

El empleado la atendió y ella pidió una copa de champaña bien frío.

—Espero que no me guardes rencor por lo de la piscina.

— ¿Rencor? —Moon se rió, mostrando una dentadura sana y perfecta. De cerrarse alrededor de un músculo humano podría cortarlo de un mordisco—. Si todos los budokas que perdieran un combate sintieran rencor hacia el vencedor, sería una locura y una estupidez. No, eso no entra en mi mentalidad *Zen.*

—Estaba seguro de que tú prácticas el *Zen;* por eso lo haces todo con tanta perfección.

Moon bebió de su copa de champaña. Sus ojos sonreían, era obvio que deseaba congraciarse con Savage, un hombre por el que una budoka como ella debía sentir admiración, forzosamente.

Nadie la había vencido jamás desde el día en que en torno a su cintura estrecha había anudado el cinturón negro de Karate, al que, victoria tras victoria, había añadido pasadores de dan.

—Yo todo lo hago bien, Savage.

— ¿Todo, qué incluye ese todo?

— ¿Qué te parece, si nos vamos? Estoy todas las noches en este club y, la verdad, ya no me divierte ver caras estúpidas que parecen gritar: « ¡soy feliz, soy feliz!».

—Comprendo, están muy lejos del *satori.*

—Ellos no comprenden los intrincados laberintos de una mente oriental. Psicológicamente son casi seres primitivos, aunque sepan fabricar máquinas y máquinas en cadena, coches y aviones. Saben tan poco de la mente humana que, sinceramente, me dan lástima.

— ¿Por qué estás aquí, entonces?

—Porque hay personas inteligentes que tienen que aguantar y recibir órdenes de otros más imbéciles, pero que tienen dinero.

— ¿Lo que te interesa es ganar plata, Moon? —inquirió Savage, algo mordaz.

—Lo que me importa ahora es salir de aquí, me asfixio. ¿Me llevas?

Savage se bebió el contenido de su vaso y poniéndose en pie dijo:

—Vamos.

Minutos más tarde se alejaban en el «Porsche 924» color limón, por la autopista 101 que iba de Los Ángeles a San Francisco.

— ¿No te notarán a faltar tus compañeras?

—No, ya les he dicho que no me esperen. ¿Tienes un cigarrillo?

—No fumo.

—Vaya, tratas de ser perfecto, ¿eh?

—Simplemente, no fumo.

— ¿Te afecta esa campaña antitabaco alegando que es cancerígeno?

—A mí no me afecta porque no fumo, pero opino que sería bueno que afectara a la gran mayoría de fumadores.

—Yo tampoco soy fumadora, sólo que hay ocasiones en que me gusta tener algo entre los dedos para llevármelo a la boca.

Savage, manejando el volante con una mano, tendió su diestra y dijo:

—Coge un dedo, están limpios.

Moon sonrió, lo miró de reojo y tomó el dedo pulgar de Savage. Lo mordisqueó con sus dientes en una forma que sólo pensando con primitivismo se podía comprender que era una caricia erótica.

—Suelta, que voy a cambiar la marcha. —Savage cambió la marcha y dijo—: Luego continuarás.

— ¿Sólo con el dedo?

— ¿Qué garantía me ofreces de que tus dientes no me van a dar una sorpresa desagradable?

Ella se rió, le miró de lado y cerró los párpados como para complacerse en unos pensamientos que tomaban fuerza en su mente.

— ¿Dónde quieres que te lleve? Estoy circulando en dirección a Santa Bárbara y San Francisco, y todavía no sé adónde voy.

— ¿Dónde estás alojado?

—En un *cottage,* pero no quiero ir allá, ahora. ¿Tienes tú algún lugar adonde ir?

—A pocos kilómetros de aquí hay un motel muy bueno, tiene jardines y una piscina que funciona toda la noche, siempre hay alguien bañándose, aunque sean las cuatro de la madrugada.

—De acuerdo. Si quieres comer algo antes.

—Haremos llevar una cena fría a la habitación, ¿te parece?

—Correcto.

El «Porsche 924» rodó sobre el asfalto haciendo rugir su motor refrigerado por agua, algo insólito dentro de la gama «Porsche».

Aparecieron los neones del motel, un motel caro y lujoso. Savage se metió en el área del *parking* y dijo a Moon:

—Espera aquí. ¿Qué prefieres que encargue para cenar?

—Aquí tienen un buen cocinero, pero siendo tan tarde no sé qué pueden darte. Pide lo que te parezca mejor.

—De acuerdo.

M. P. Savage se alejó hacia recepción. Permaneció unos minutos ausente y regresó con una llave.

—Vamos, tenemos la doscientos dos.

La habitación doscientos dos era amplia y tenía una ventana con persiana desde la que se podía contemplar la piscina.

— ¿Nos bañamos? —preguntó ella.

—Me han dicho que junto con la cena traerían bañadores. He dado tu medida; espero haber acertado.

—Seguro que sí, tienes buen ojo. Estoy seguro de que con tus pupilas me has medido bien las caderas, la cintura, las nalgas y los pechos.

—Mientras nos traen la cena, los bañadores y algo para beber, ¿por qué no hablamos, Moon?

— ¿Hablar? ¿Necesitas hablar, cuando estás a solas con una mujer que te admira y dentro de un apartamento, sin que nadie nos moleste?

Moon avanzó hacia Savage ondulando su cuerpo en una forma tan sensual y provocativa que no parecía la misma que actuaba fría,

pero maravillosamente, en el escenario del Only Rich Park.

—Moon, no soy ningún mojigato.

—Demuéstramelo —insistió provocativa, ya pegado su cuerpo contra el de él, empujándolo suavemente con sus senos.

Le buscaba el cuello con los labios y acariciaba con sus manos los duros músculos del Star-Budoka.

—Moon, tú sabes que soy capaz de controlar mi cuerpo. Me he educado con mentalidad oriental, ya sabes, en, Yoga, Tao. Me eduqué con maestros de Okinawa, pero luego fui a Tokio y también he tenido grandes amigos chinos, verdaderos maestros y gurús de la India y del Tíbet. He conocido a mucha gente sabia e importante de Oriente y de todos y cada uno he aprendido algo; habría sido estúpido, de no hacerlo.

—Si quieres seguir hablando, hazlo; yo continuaré hasta que te excite y tu mente se turbe, olvidándote de todo menos de que yo estoy junto a ti, esperando.

—Eres una *ninja,* ¿verdad?

— ¿Qué dices, Savage?

—No te hagas la tonta, eres una *ninja,* estoy seguro de ello.

— ¿Siempre que estás con una mujer dices tantas tonterías?

—Todo el grupo lo formáis *ninjas* al servicio de un patrón que paga en dólares. En realidad, el *ninja* se prepara muy bien para hacer su trabajo; luego, no importa a qué patrón sirve. El *ninja* no busca la justicia, ejecuta el trabajo que le piden y se guarda su conciencia. No existe el bien ni el mal para él. Su único fin es hacer el trabajo que se le encomienda, sea el que fuere. No me gustan los *ninjas;* son como espías, como pistoleros a sueldo, sólo que mucho mejor preparados y sin traicionar jamás a quienes les contratan, a su *daimio.*

—También los *samurais* sirven a un *daimio,* a su jefe y señor.

—Es diferente. El código de un *samurai* no es el de un *ninja.*

—Comprendo. El *samurai* es como un aristócrata, con la selección de los guerreros, y el *ninja* puede ser cualquiera, siempre que

esté bien adiestrado.

—Exacto.

— ¿Por qué hemos de hablar, ahora, de estas cosas, Savage? Aunque no lo creas, cuando había oído hablar de ti en los *dojos,* en el *Kodokan* de Tokio y Kioto, deseaba vivamente conocerte. Ahora que estoy junto a ti quiero sorber con pasión cada instante, cada segundo.

—Es posible que me admiraras, también te admiro yo respecto a la preparación que posees, Moon, pero tú puedes amarme enloquecedoramente esta noche y si mañana quien te paga te da la orden de matarme, me buscarás y me asesinarás con la mayor frialdad del mundo, porque eres una *ninja.* Ya no recordarás lo que pueda suceder esta noche.

—No hablemos de eso, ¿por qué te empeñas en decir tonterías?

—Porque son verdades y cerrar los ojos a la realidad no sirve de nada. Tú y tus compañeras golpeasteis a los mexicanos reunidos en la cantina hasta matar a alguno de ellos porque os lo mandó un plantador, ¿verdad?

—Si sabes que soy una *ninja,* sabrás, también, que nunca hablaré en contra del *daimio* que me paga —dijo cínicamente. Luego se rió y su carcajada fue cortada por una llamada prudente a la puerta.

—Adelante —dijo Savage.

Al abrirse la puerta, apareció un empleado del motel.

—Traigo la cena.

—Magnífico. ¿Y los bañadores que le ha encargado?

—También —respondió a la pregunta de Moon, mostrando un paquete precintado garantizando una asepsia total.

El camarero se retiró con una buena propina y ambos se olvidaron de que cerca, muy cerca, había una piscina con: agua en la que poder zambullirse.

Ambos, que eran practicantes de Zen, una rama del budismo que enseñaba el arte de saber vivir en el universo, sabían muy bien que cuando se hacía algo había que entregarse a ese algo para realizarlo

con la máxima perfección, olvidándose de todo y de todos.

Moon sabía que, en aquellas circunstancias, hacer el amor con Savage iba a ser una experiencia excepcional, algo que no tendría parangón con ninguna otra circunstancia amorosa vivida con anterioridad. Hacer el amor con espíritu Zen era algo sólo alcanzable por los más iniciados.

Ya no había bien ni mal, egoísmo ni generosidad; era la máxima exaltación de la unión entre hombre y mujer. Sólo leyendo el *Kama Sutra* o el *Ananga Ranga,* libros con milenios de antigüedad, se podía llegar a comprender lo que ellos, con mentalidad Zen, podían alcanzar.

CAPITULO IX

Ricky atendió la llamada de socorro prevista de antemano por si sucedía algo peligroso para alguno de los mexicanos, es decir, para Chelo o Jorge Gonzálvez.

Había buscado a Savage sin conseguir encontrarle y, en consecuencia, decidió actuar por sí mismo. Salió del *cottage* a bordo del gran «Daymio».

En aquella ocasión, no ocupó el sillón giratorio que el coche de seis ruedas llevaba tras la segunda fila de asientos, sino que se aposentó frente al volante. Ajustó el sillón a su corpulencia y rodó fuera del jardín del *cottage*.

Pulsó un botón y en el salpicadero se encendió un cuadro rectangular en el que aparecían puntitos en rojo. Ahora la intermitencia era espaciada y tenía el punteo a la derecha, por lo que tomó esa dirección.

El punteado se fue centrando. En realidad, se trataba de un radiogoniómetro de alta sensibilidad y muy sofisticado.

Guiado por aquel aparato instalado en el salpicadero del automóvil, Ricky avanzó en la noche.

La señal le hizo salir de la carretera principal y adentrarse por una pista forestal. Como el suelo era muy desigual, accionó el control de la suspensión hidroneumática y el coche se elevó sobre los ejes de sus ruedas, más grandes de lo habitual. Eran ruedas especiales para

aquel coche, también especial, que no había salido de ninguna factoría automovilística sino de Liberty Garden.

Salió de la pista forestal y se metió entre los árboles frutales, horadando las tinieblas con sus faros mientras las luces rojas intermitentes se hacían más rápidas e intensas, más centradas.

Ricky buscaba a quien pedía socorro y al fin, delante de los faros, vio una silueta humana. Frenó el potente coche. Allí estaba el mexicano agitando los brazos.

— ¡Jorge, Jorge! —exclamó Ricky, asomando la cabeza por el hueco de la ventanilla.

— ¡Ricky!

— ¿Qué ocurre?

— ¡Chelo ha desaparecido!

— ¿Desaparecido? —preguntó el gigante japonés, que solía tartamudear en todos los idiomas que no fueran el japonés. Parecía increíble, porque era capaz de memorizar cantidades ingentes de datos que su mente privilegiada computaba; sin embargo, hablando en idiomas diferentes al suyo, era muy malo, lo que le daba un aire casi gracioso. Algunos lo subestimaban y luego terminaban llevándose una sorpresa— ¿Adonde habrá ido?

Jorge desplegó un papel. Observándolo a la luz interior del automóvil, dijo:

—Quedamos en que si alguien se encontraba en peligro se escondería aquí —señaló un punto en el tosco mapa. .

— ¿Ese es el refugio de que habló Dino?

—Sí.

—Pues, vamos a él, coge la brújula... —le indicó, abriendo la guantera debajo del salpicadero.

El poderoso automóvil volvió a arrancar, circulando en medio de las plantaciones.

Jorge tomó la brújula y comenzó a darle instrucciones. Rodaban por pleno campo, con el chasis del «Daymio» en alto, gracias a la

suspensión hidroneumática.

Salieron de la gran extensión de frutales y se encontraron frente a una plantación de tomates.

— ¿Qué hacemos, ahora? —preguntó Jorge.

— ¿Por dónde es?

—Parece que al otro lado del sembrado de tomates hay un sendero.

—Pues, adelante.

Ricky no se lo pensó dos veces. Metió la primera y el potente motor de siete litros, con seis cilindros en U, dio la fuerza más que necesaria para seguir adelante.

Fue abriéndose camino con el parachoques, barriendo las matas, de tal forma, que a su paso dejó una especie de carretera, como si hubiera pasado una segadora.

Jorge miraba adelante y atrás, y de rio ser porque temía por la suerte de Chelo, se hubiera echado a reír. El había cargado muchos de aquellos tomates en pesadas cestas, para conocer a fondo cómo sufrían sus compatriotas para ganar un salario.

Cruzaron todo el cultivo, que era más extenso de lo previsto.

Llegaron a la carretera de piedra donde debían circular los tractores. Siguieron por ella y rodaron junto a un riachuelo hasta encontrarse frente a unos grupos rocosos por los cuales no podía pasar el «Daymio», ni siquiera una moto de trial.

—Ya no podemos seguir.

—El escondite estará ahí, entre las rocas. Cogeremos unas linternas, ¿te parece, Ricky?

—Sí, sí y tú coge esto.

Del interior de la guantera, Ricky sacó un *nunchaku.*

— ¿Qué es esto? —preguntó el mexicano, perplejo.

—Un *nunchaku.* Lo coges por un palito y haces que el otro palito dé vueltas. Si alguien te quiere dañar, tú dale, dale fuerte. Bueno, no puedo enseñarte, ahora, la técnica del *nunchaku,* no hay tiempo.

—Bueno —aceptó Jorge dubitativo, cogiendo aquella extraña, arma oriental que no había empleado jamás; ni siquiera había oído hablar de ella.

Ricky cerró el coche y caminaron entre las rocas, iluminándose con las linternas. Aquella zona rocosa, junto al río, no era pequeña; allá no se cultivaba nada y era uno de los pocos lugares agrestes del valle. Si se conservaba de aquella forma era por la ingente cantidad de pedruscos que tenía.

— ¡Chelo, Chelo! —llamaba Jorge, con gran preocupación en su voz.

Temblaba sólo de pensar que a la muchacha le hubiera ocurrido algo irremediable.

— ¡Chelo...! —llamó, también, Ricky, escrutando las rocas con la linterna.

Al fin, la voz de la joven exclamó:

— ¡Eh, estoy aquí, estoy aquí!

Jorge Gonzálvez suspiró profundamente, quitándose un gran peso de encima al oír la voz de la joven y bella budoka mexicana.

Corrieron hacia ella, enfocándola con sus linternas. Jorge ensombreció su voz al preguntar:

— ¿Qué te ha pasado en la cara, Chelo?

Ella sonrió, resignada.

—Esos gringos de cien kilos, cuando dan un puñetazo, pegan duro.

Chelo tenía el ojo y la mejilla tumefactos.

— ¿Seguro que estás bien, Chelo...? —inquirió el japonés.

—Sí. Yo los detuve un poco y si me atraparan ahora, iba a pasarlo mal, de modo que es preferible que me saquéis de aquí en seguida. Estaba segura de que vendríais a rescatarme. He comido tomates y he puesto mi ropa a secar, estaba completamente mojada.

—Pero ¿de verdad estás bien? —insistió Jorge, alterado por lo que veía en el rostro de la muchacha.

Ella apartó la linterna para que no siguiera enfocando su rostro y dijo:

—Sí, estoy bien, no te preocupes, esto se pasará en unos días. Aflora hay que salir de aquí o será peor para todos.

Se pudieron escuchar, entonces, unos ladridos de perros que se acercaban rápidamente.

—Me buscan, seguro que me buscan.

—Salgamos de aquí ahora mismo —propuso Jorge.

— ¡Allí hay luz! —gritó, de pronto, la voz de un gringo aterrado.

—Nos han visto —masculló Jorge.

—Hemos de marcharnos —apremió Chelo—. ¿Habéis traído el coche?

—Sí, sí, esperemos que no lo descubran ellos.

Avanzaron hacia las rocas. Los hombres del rancho Dow, que iban a la caza de Chelo, soltaron a los perros y éstos, siguiendo un rastro que para ellos era fácil, corrieron hacia la muchacha con las fauces abiertas.

— ¡Corre, Chelo!

—No temas. —Descubrió el *nunchaku* en la mano de Jorge y dijo —: Mira, coge un bastón o una piedra y déjame a mí el *nunchaku* que yo sí sé manejarlo.

— ¿De veras sabes emplear este chisme? —preguntó Jorge, con asombro.

—Sí, déjame.

Los grandes perros, de aspecto feroz y mandíbulas asesinas, se lanzaron contra ellos.

Ricky sacó de su bolsillo unos discos de acero, de cantos afilados. Eran *shurikenes,* pero no de estrella, sino en forma de sol. Cogió uno de ellos con la palma de su diestra, sosteniéndole el eje con el dedo pulgar, y lo lanzó en dirección a uno de los perros que se abalanzaba sobre Chelo con las mandíbulas abiertas.

El *shuriken* se introdujo entre las mandíbulas, corlando la

garganta del can que cayó al suelo revolviéndose sobre sí mismo, sin poder ladrar ni liberarse del *shuriken* que había quedado incrustado dentro de su boca.

¡¡Craskk!!

El *nunchaku,* maneado por Chelo, surtió efecto. El cráneo de otro perro quedó partido ante el asombro de Jorge, que se había procurado una especie de bastón con una rama.

En pocos instantes, varios perros dejaron de acosarles. Otro cayó en redondo con la garganta seccionada por otro de los discos lanzados por Ricky.

Saltaron entre las rocas. Un par de perros todavía les seguían, aunque muy inquietos al olfatear la sangre de sus compañeros.

Delante de los fugitivos aparecieron tres hombres de la plantación. Llevaban revólver al cinto y unos látigos cortos, de varias colas, en las manos. Aquellos látigos servían para flagelar a los fugitivos.

— ¡*Kiaiiii!*

Ricky había lanzado su *kiai* sobrecogedor. Uno de los vigilantes se vio venir la mole del gigante japonés sin poder rechazarlo ni esquivarlo. No tuvo tiempo ni de emplear aquel látigo asesino que empuñaba... Ricky había puesto su puño por delante y se escucharon unos crujidos. Eran las costillas del vigilante que saltó hacia atrás y cayó como un saco, sin poder levantarse de nuevo por desgracia.

Jorge atacó a otro vigilante, pero éste supo defenderse y le cazó con el látigo, doblegándolo. Chelo inter vino con su *nunchaku.*

¡Cloc!

El *nunchaku* dio en su cráneo y lo tumbó. Ricky se encargó del tercer guardián cogiéndolo con una mano por el bajo vientre y, con la otra, por el cuello. Lo elevó en el aire.

— ¡Aaaaaagh!

Giró sobre sus pies hasta que tomó fuerza, convirtiendo a su enemigo en una hélice. Lo soltó, después, sin importarle dónde cayera.

Se alejaron hasta encontrar el «Daymio»; pero del coche salió Thompson, el capataz, con un revólver en la mano, que les apuntaba.

— ¡Quietos los tres! —ordenó—. Muy listos, pero se terminó vuestra huida.

— ¡*¡Kiaiii!!* —lanzó Chelo.

El *nunchaku* voló de su mano y uno de los palos, por su extremo más grueso, dio entre las cejas de Thompson que haló del gatillo de su arma, disparándola antes de caer hacia atrás contra el coche. Se escurrió contra la plancha del mismo hasta caer al suelo.

— ¿Ha dado a alguien? —preguntó Chelo.

Los dos hombres negaron con la cabeza. Tras ellos, dos perros seguían ladrando sin atreverse a atacar.

Apartaron a Thompson. Subieron al gran «Daymio» y se alejaron rápidamente por la pista forestal, perdiéndose en la noche mientras dos perros, olfateando la sangre, aullaban con verdadero miedo visceral.

CAPITULO X

El furgón se detuvo en la oscuridad. Los ojos femeninos miraron en varias direcciones y al fin, Moon ordenó:

— ¡A los árboles de la derecha!

—Sí, allí quedará bien.

Maniobró con el gran furgón «Ford» que semejaba un transporte de muebles, metiéndolo entre los árboles.

Las mujeres *ninja* saltaron del vehículo y se ajustaron las máscaras oscuras bajo los cascos negros. Se escucharon los rugidos de las motos de trial.

Las seis «Suzuki» saltaron fuera del furgón y las seis mujeres se alejaron rodando a buena velocidad. Eran auténticas y peligrosísimas *ninjas.* Para los occidentales, que ignoraban lo que era un *ninja,* podían ser espíritus malignos surgidos de la noche.

Rodaron, raudas, por el asfalto, sobrepasando incluso la velocidad permitida. Un coche patrullero hizo ulular su sirena tras ellas. Moon, que iba en cabeza, levantó su brazo y se salió de la calzada. Las otras cinco muchachas, adiestradas para matar y pasar desapercibidas en la noche, la siguieron.

El patrullero que intentaba alcanzarlas quedó contra un terraplén sin poder seguirlas porque ellas se alejaron saltando obstáculos con sus máquinas especiales que ellas manejaban con asombrosa habilidad.

— ¿Qué eran esos motoristas? —inquirió uno de los agentes.

—Vete a saber, gamberros, seguro —opinó el otro policía.

— ¿Qué hacemos?

—No sé, sólo se han pasado la velocidad.

Las seis *ninjas* tomadas por simples gamberros, siguieron adelante hasta detenerse dentro de una urbanización en la que abundaban los árboles y los setos.

Introdujeron las motos entre unos frondosos setos de pitósporo y las seis orientales se armaron con sus *bo* plegables, los *nunchakus* y el guantelete reforzado, capaz de romper cráneos al aplicar golpes de Karate.

Siempre buscando las tinieblas en las que se movían como peces en el agua, totalmente vestidas de negro y convertidas así en verdaderas sombras, se fueron acercando a un *cottage.*

Moon ya había pasado por las inmediaciones del *cottage* con el «Chrysler», dándole una ojeada. Por las ventanas escapaba luz hacia el exterior y ellas avanzaron sin hacer el menor ruido, no en vano eran *ninjas.*

—Tú y tú, a la puerta de atrás...

Las dos señaladas asintieron y rodearon la casa. Moon preparó un paquete al que movió el resorte adecuado y comenzó a emitir un tenue tic-tac, tic-tac.

Se acercó a una ventana lateral que estaba abierta, por lo que no fue preciso romper el cristal.

Pudo ver a Savage de costado. También estaba allí Ricky, Chelo y Jorge Gonzálvez, y tuvo la impresión de que había alguien más al que no pudo descubrir.

Un *ninja* no podía tener conciencia propia en el momento justo de actuar bajo órdenes de su *daimio,* en este caso, de quien las tenía contratadas. Tal proceder era básico en aquellos seres de la noche; por ello, a la mente de Moon no acudió ningún recuerdo de los intensos momentos vividos con Savage y fríamente arrojó la bomba al interior

del *cottage.*

Era una bomba productora de fuego que se consumiría en sí misma. Después no dejaba rastro, pero causaba el efecto deseado.

La bomba cayó sobre el sofá, sin hacer ruido. Jennie

Dow, que estaba allí se dio cuenta y la señaló, exclamando:

— ¡Mirad eso!

— ¡Apartaos! —gritó Savage.

La bomba estalló, expandiendo fuego en derredor. Sólo alcanzó un poco a Jorge Gonzálvez, pero Savage se apresuró a rociarlo con un sifón evitándole quemaduras muy desagradables.

— ¡Es fuego, salgamos! —gritó Jennie.

— ¡No, espera, llama a la policía primero y luego a los bomberos! —ordenó Savage.

— ¡Salgamos de aquí cuanto antes!

— ¡Tú, Jorge, cuida de Jennie...! —ordenó Savage—. Ricky, tú por la puerta de atrás. Tú, Chelo, ven conmigo, afuera han de estar las *ninjas.*

Savage abrió la puerta mientras las llamas crecían por todo el salón-estar del *cottage.* Jennie, nerviosa, trataba de telefonear sin conseguirlo.

— ¡No funciona, no funciona, lo habrán cortado!

—Cuidado, Chelo, es posible que vayan armadas —advirtió Savage.

Savage dejó la puerta abierta para que se proyectara al exterior el máximo de luz y las *ninjas* pudieran verse.

— *¡¡¡Kiaii!!!* —gritó Chelo saltando hacia el exterior, volando en *Tae Kwon Do* con los pies por delante.

Alcanzó a una de las *ninjas* que iba armada con *bo* y ésta cayó al suelo, mas volvió a levantarse porque iba protegida con casco y chaleco acorazado. La lucha era totalmente desigual.

Un *atemi* aplicado con el guantelete reforzado estuvo a punto de alcanzar a Savage en la base de la nariz. El respondió con una *tegatana*

que introdujo bajo el protector de mentón de su atacante, alcanzándole la glotis.

Chelo esquivó un golpe de *nunchaku* y saltó sobre la *ninja* abatida por Savage mientras éste se encaraba con otra, armada de *bo.*

Chelo aplicó sus talones sobre el abdomen de la caída, sin saber que era Moon. Esta abrió la boca bajo la máscara que le ocultaba el rostro y sintió cómo sus vísceras reventaban con el doble *nakato geri.* Un hililo de sangre brotó de entre sus labios subiéndole del mismísimo estómago, quemándole el alto del esófago.

Savage no pudo evitar dos pinchazos de *bo* en su espalda y un golpe de *nunchaku* en la pierna, que estuvo a punto de partirle el fémur.

La pelea era desigual, pero cada vez caían más *ninjas* abatidas mientras las llamas crecían, envolviendo el *cottage.*

Jennie y Jorge Gonzálvez salieron al exterior. Una de las *ninjas* saltó sobre la muchacha con su *nunchaku,* dispuesta a golpearla. Savage practicó, entonces, el *Sankakutobi* o salto triangular, algo sublime que sólo los que alcanzaban en Karate la *Kamiwaza* o técnica divina, eran capaces de ejecutar.

Manteniendo su cuerpo paralelo a la superficie del terreno, dio un salto poderoso aplicando un puntapié a la atacante de Jennie, arrojándola al suelo. Resistió a la siguiente con el puño y la cabeza y a la tercera, que sostenía un *nunchaku,* le propinó un puntapié con el otro pie, tumbándola.

Chelo, que también había recibido algunos golpes durísimos, disparó un *seiken* evitando tocar el casco. Cazó con su puño a una de las *ninjas,* entre los ojos, cuando ésta recuperaba la verticalidad como si fuera de goma.

Le cogió parte de la nariz y la tumbó sin que pudiera volver a levantarse.

Ricky apareció por el costado del *cottage* cuando se oía ya un ulular de sirenas. Los bomberos y la policía avisados por otros vecinos

arribaban a la urbanización.

— ¡Aquí traigo esto!

Ricky llevaba a una *ninja* en cada mano, colgando como peleles, aunque él también tenía el rostro enrojecido y posiblemente le saldrían moratones en muchos lugares de su cuerpo; mas, no era fácil quebrar un hueso a Ricky que tenía una poderosa envoltura de carne sin grasa. Sus ciento ochenta kilos eran un buen bloque de resistencia a los golpes.

Chelo y Savage tumbaron a las seis atacantes, cuando ya los bomberos llegaban al lugar y también los agentes de policía.

— ¿Qué ha pasado aquí?

— ¡Policía, policía, esos asesinos nos han atacado! —exclamó Jennie Dow.

—Son los gamberros —gruñó el patrullero que acababa de llegar.

M. P. Savage sabía muy bien que no eran simples gamberros. Se inclinó sobre una de las caídas y le quitó el casco, luego la capucha negra. No era Moon.

Quitó otro casco, mientras los agentes requerían ayuda y ambulancias. Aquélla sí era Moon.

Tenía sangre en la boca, en la nariz, en el mentón, pero consiguió abrir sus ojos.

— ¡Hola, Savage!

—Moon, ¿por qué..., por qué esto? ¿Porqué una mujer de tu valía ha de verse convertida en un *ninja?*

—Has luchado bien, Savage —dijo, con dificultad—, porque yo te hubiera matado.

—Lo sé.

—No sufras por mí, Savage, yo no lo hubiera hecho por ti, aunque seas el único hombre-hombre que he conocido jamás. Eres un *samurai* nato, Savage.

—Moon, Moon, tú también eres una mujer excepcional, lástima

que te convirtieras en una asesina a sueldo.

—Ya no hay remedio, Savage. Abre, abre mi cazadora, yo, no, no puedo...

— ¿Cómo está? —preguntó un policía, mientras los bomberos contenían las llamas y se oían más sirenas ululantes. Eran las ambulancias que se acercaban, veloces.

—Está grave, agente.

El policía, mirándole la cara, asintió.

—Sí, eso parece. —Movió un *nunchaku* que había recogido del suelo y comentó—: Esto hace daño, ¿verdad?

Savage abrió el chaleco de Moon y preguntó:

— ¿Te sientes mejor, así?

—Dentro hay un pliego, Savage, cógelo. Es un regalo que te hago. No merezco ser un *ninja* porque con esa confesión traiciono a quien nos contrató, pero lo hago por ti…

Sonrió y dejó de existir. Quedó con los párpados un poco abiertos y Savage se los cerró con sus cuidadosos dedos, unos dedos que Moon había conocido bien, lo mismo que Jennie que preguntó tras él:

— ¿Ha muerto?

* * *

Jennie, muy pálida, se hallaba en el despacho de su padre acompañada de Moses Pacific Savage, ambos esperaban. Habían hablado mucho acerca de lo ocurrido, sobre la muerte de dos de las *ninjas* y la hospitalización de las otras cuatro, que habían quedado bajo la custodia de la ley.

—No puedo sentirme bien, estando mi padre en prisión —suspiró Jennie.

—Tú no eres responsable de que él esté en la cárcel. Si hay un culpable, es él mismo, por todo lo que ha hecho.

Se abrió la puerta y apareció Chelo diciendo:

—Han llegado.

Jennie y Savage miraron hacia la puerta. Quien entró primero fue el ex senador McSide; venía resoplando, pero muy activo y en cierto modo, satisfecho.

—Vaya escándalo, vaya escándalo…

— ¿Qué se ha conseguido, McSide? —preguntó Savage, muy interesado.

—De momento, una carta provisional de trabajo para todos los peones mexicanos clandestinos que hay en el valle y una promesa de que el año próximo todos los que queden inscritos en esa carta provisional vendrán con carta legal de trabajo temporal. Ha sido una valiosa ayuda, la confesión del médico chicano que ha quedado a disposición del juez por no haber notificado la muerte de varios peones mexicanos cuyos cadáveres fueron abandonados cerca de la frontera. La policía está buscando los restos. Savage, ha hecho usted un gran favor a los mexicanos; les van a aumentar el salario-hora y, por supuesto, no serán tratados como hasta ahora.

—Senador, ¿y mi padre? —inquirió Jennie.

—No te preocupes, Jennie, dentro de un rato estará fuera, con libertad provisional, tu madre se ha quedado esperándole. La verdad es que él daba las órdenes de represión, pero no de asesinato. Al parecer era Thompson el que tenía más ansias de sangre y Thompson ha muerto, no se recuperó del coma causado por la fractura de cráneo.

—Bueno, no puedo evitar alegrarme de que mi padre salga de la cárcel hasta que sea juzgado…—Suspiró, miró a Savage y preguntó—: ¿Me llevas lejos de aquí? Cuando mi padre regrese, creo que va a destrozarme.

—Yo no lo creo. Debes esperar aquí a que él venga, y ayudarle. Todo hombre que comete un delito tiene el derecho de arrepentirse y que los demás respeten y acepten su arrepentimiento.

— ¿No me llevarás a tu Liberty Garden? Me gustaría moverme como lo hace Chelo,

—Más adelante puede que pase por aquí y te recoja para llevarte a Liberty Garden, ahora no, haces falta aquí. Tus padres te van a necesitar.

—Es cierto, te necesitamos —confirmó desde la puerta Howard Dow que se hallaba al lado de su esposa.

Su rostro había envejecido de forma increíble en tan poco tiempo y había perdido gran parte de la fiereza que siempre le había caracterizado.

— ¡Papá! —Jennie corrió hacia él y se colgó de su cuello, llorando.

Sin que apenas se dieran cuenta, Savage y Chelo abandonaron la casa.

En el gran «Daymio» aguardaban Ricky y Jorge Gonzálvez.

Savage se situó al volante del poderoso coche y lo puso en marcha.

—Regresaremos bien por la frontera, puesto que los dos tenéis pasaporte de turista. Ahora es asunto de las autoridades, solucionar todo el cotarro. La ayuda del ex senador McSide está dando excelentes resultados. Mi gran preocupación en todo este desagradable asunto, era la posibilidad de perjudicar a los trabajadores que buscan un salario, sea el que fuere, pero esa carta de trabajo provisional que se ha conseguido, soluciona el problema. La televisión pasará mi reportaje y la opinión pública se mentalizará acerca de lo ocurrido. Espero que pronto se solucionen los problemas de los braceros mexicanos que pasan a la California gringa. Ahora deseo ver a Dino y decirle que su carta ha servido de mucho; allí os dejaré a los dos.

— ¿A Chelo también? —preguntó Jorge.

—Sí, ella ya está preparada para reincorporarse al mundo, sabe luchar. Jorge, espero que sepas hacerla feliz.

—Trataré —dijo él, cogiendo las manos femeninas.

—No, si lo decía por tus huesos. Si no te portas bien con ella, ya sabes de lo que es capaz Chelo empleando Karate…

El «Daymio» se puso a rodar y comenzó a alejarse de la mansión.

Cuando Jennie Dow corría hacia el gran zaguán con deseos de despedirse de Moses Pacific Savage, sólo pudo saludarle, agitando su mano. Se dio cuenta entonces de que frente a la casa estaba aparcado el «Porsche 924» color limón y con lágrimas en los ojos se acercó a él. Al llegar junto al automóvil descubrió una hoja escrita en el parabrisas; la tomó y leyó en voz alta:

> «Jennie, devuelve el "Porsche” a la agencia, es alquilado. Las llaves están dentro. No te olvida,
>
> *»M.*
> *P. Savage.»*

F I N



¡KIAI
HEROES DE LAS ARTES MARCIA
EDITORIAL BRUGUERA, S.
en su nueva Serie titula
¡KIAI!
ofrece a sus lectores las aventuras
puñado de esforzados personajes qu
puesto sus conocimientos en ARTES
CIALES al servicio del BIEN y de la
CIA.
¡KIAI!
es la voz que define la proyección ex
de la fuerza vital que todo hombre
y que los BUDOKAS han sabido pot
hasta límites asombrosos, como u
más, alcanzado en el transcurso de
camino emprendido en pos de la p
ción, tanto física como moral.
APARICION SEMANAL. ASEGU
RESERVA DE SU EJEMPLAR.
EDITORIAL BRUGUERA
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA
PRECIO EN ESPAÑA: 25
Impreso en